
CIENCIA FICCIÓN
CLARK CARRADOS
MULTIPLICIDAD

MULTIPLICIDAD

CLARK CARRADOS

MULTIPLICIDAD

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Dr. Julián Álvarez, 151
Barcelona
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 37.175-1967

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tibau, 20 - Barcelona

I

El hombre caminaba rápidamente por la acera, echando de cuando en cuando miradas aprensivas hacia atrás.

Bill Muggs temía ser seguido. Era un hombre de aspecto más bien corriente y se confundía fácilmente con la multitud que pululaba por las aceras de la gran urbe.

Nadie se fijaba en él. Cada cual caminaba a sus propios asuntos. Los de Muggs tenían poco de honestos.

Abandonó la gran avenida y se metió por una calle transversal, en donde el tránsito y el bullicio eran menores. Muggs no se atrevía siquiera a tomar un taxi.

Una o dos veces, obsequiosos taxistas le habían hecho señas, ofreciéndole su vehículo, pero Muggs había rechazado tales ofertas, temeroso de que se tratase de una trampa.

A pie se sentía más seguro. No quería usar los autobuses públicos ni el ferrocarril subterráneo. En ambos medios de transporte… ¡era tan fácil hundir un puñal entre las costillas, sin que nadie se enterase!

Trescientos metros más adelante, le salió al paso una calle aún más estrecha. Muggs se consideraba ya a salvo.

Su casa estaba a menos de cincuenta metros. Una vez estuviese en su interior, se atrincheraría tras la puerta y…

Eran unos pensamientos reconfortantes, pero súbitamente se vieron cortados por la presencia de un hombre de expresión aviesa, que empuñaba una pistola dotada de silenciador.

Bill Muggs lo conocía perfectamente. Además, la cara del tipo no era de las que se olvidan con facilidad.

Uno de sus rasgos característicos más importantes era el gran bigote, de guías caídas, que orlaba su labio superior. Era un adorno capital anticuado, pero que nuevamente había vuelto a ponerse de moda a mediados del siglo XXI.

Una mujer contempló la escena desde la ventana de su casa, situada a tres metros del suelo y a menos de seis del lugar donde se hallaban los dos sujetos. La mujer chilló al ver al bigotudo sacar su pistola.

Muggs quiso gritar también. «Bigotes» sonrió siniestramente.

— ¡Adiós, Bill! —fue todo lo que dijo.

Y le abrasó el rostro con el fogonazo del disparo.

Muggs pegó un salto convulsivo. Al caer, estaba muerto.

«Bigotes» echó a correr, perseguido por los frenéticos chillidos

de la mujer. El disparo, naturalmente, no había hecho ruido.

Un automóvil aguardaba a veinte metros de distancia. «Bigotes» se zambulló en su interior y el vehículo, conducido por un cómplice, arrancó a toda velocidad.

La policía, en medio de todo, actuó con rapidez y diligencia. Una hora más tarde, y merced a las inapreciables declaraciones de la testigo, ya sabían quién era el autor del crimen.

La señora Padacree identificó a «Bigotes» sin lugar a dudas, mediante una fotografía de archivo. Media hora más tarde, dos agentes ponían las esposas en torno a las muñecas de «Bigotes», cuyo verdadero nombre era Mack Buthem.

El fiscal formuló inmediatamente su acusación. «Bigotes» nombró con toda energía una docena de testigos que le habían visto a más de siete kilómetros de distancia del lugar del crimen y a la misma hora en que se producía éste.

Naturalmente, el fiscal imaginó que se trataba de coartadas falsas. Pero al examinar minuciosamente las declaraciones de los testigos qué aseguraban que «Bigotes» no había sido el autor del crimen, encontró nada menos que tres que, por sus antecedentes y conducta ciudadanos, estaban fuera de toda duda.

No había motivos racionales para sospechar de ellos. Decían la verdad.

Perplejo y furioso, pero atendiéndose a las normas legales, el fiscal se vio en la precisión de soltar a «Bigotes».

— Ya lo decía yo —dicen que dijo «Bigotes» al salir de su calabozo —. Bill Muggs y yo tuvimos nuestros piques en el pasado, pero no eran tanto como para saltarle la tapa de los sesos. Ese crimen es obra de alguien que me quiere mal y que tomó mi aspecto para liquidar a Bill.

Se sacudió las manos, como si se limpiase un polvo inexistente, y salió a la calle, silbando alegremente los compases iniciales de «No te comas el uranio, que es indigesto», la última canción de moda.

Al pobre Bill Muggs lo enterraron. Veinticuatro horas más tarde, nadie se acordaba de él.

Sólo algunos, que estaban en sus mismas condiciones, los cuales tomaron buena nota del suceso y enderezaron sus pasos. Los tipos que habían ordenado la muerte de Muggs no bromeaban.

Aquel día, Alec Sharr necesitaba camisas. Alec era un hombre joven, de unos treinta y pocos años, de buena estatura, fornido, ancho de hombros, de pelo oscuro y ojos negros. El rasgo más característico de Alec era su perenne sonrisa, lo que le confería un aspecto sumamente atractivo a los ojos de las mujeres.

Sharr se dispuso a entrar en la tienda. Era un local donde se vendía de todo para la indumentaria masculina. Sharr era cliente de antiguo de la tienda y siempre era bien atendido.

Como de costumbre, su paso era rápido y resuelto. Así, pues, no tiene nada de extraño que, en el momento de ir a entrar en el establecimiento, tropezase con una elegante dama, que salía a la calle.

Ella lanzó un pequeño gritito. Se tambaleó, pero no llegó a caer, porque Sharr, que era sujeto de vivos reflejos, alargó la mano y la sujetó por un brazo.

— Dispénseme, señora —dijo con toda cortesía—. No la había visto y... Lo siento infinito, créame.

Ella recuperó el equilibrio y le dirigió una encantadora sonrisa. Era una dama de elevada estatura y sumamente hermosa en su madurez, vestida con singular elegancia.

— No tiene nada de particular, caballero —contestó—. La culpa fue mía.

— Por favor, señora...

A Sharr le pareció conocido el rostro de la dama. Sin embargo, no logró relacionarlo con ningún nombre en aquellos momentos.

— Gracias de todos modos, caballero —dijo ella, con voz llena de dulzura.

— A usted, señora —contestó Sharr, poco menos que embobado. «Vaya tipo suertudo el marido de esa dama», pensó.

Ella poseía el pelo rubio y los ojos intensamente azules. Su indumentaria tenía la elegancia de una sencillez rebuscada, y conseguida, sin duda, por un acreditado modisto. Dirigió a Sharr una ligera inclinación de cabeza y cruzó la acera, en dirección a un coche situado junto al bordillo, al lado del cual, en pie, rígido e inmóvil, aguardaba el conductor, uniformado en plata y negro.

Sharr hizo una mueca.

— Vaya, tiene que ser una mujer de posición — comentó para sí, al observar el detalle.

El rostro del chófer le resultó también conocido, pero no tuvo tiempo de fijarse en más detalles. Segundos después, arrancaba el automóvil y se perdía en el intenso tránsito de la avenida.

Despreocupándose del incidente, Sharr entró en la tienda y eligió seis camisas. Al ir a llevárselas, el encargado le dijo, con la mayor diplomacia posible, que su compra quedaba retenida.

Sharr arqueó las cejas.

— ¿Por qué, si puede saberse? —preguntó.

El encargado abrió un cajón y sacó un manojo de facturas

impagadas.

— Éste es el motivo, señor Sharr. La dirección del establecimiento ha decidido cancelar su crédito, en tanto no satisfaga sus deudas.

Sharr lanzó un profundo suspiro.

— Lo siento, amigó —dijo—. En estos momentos, no tengo más que lo justo para comer una semana. Pero espero conseguir un empleo pronto...

— Cuando tenga ese empleo, vuelva, señor Sharr — dijo el empleado con toda amabilidad, pero con acento cuya firmeza excluía una posible componenda.

— Sí, claro, volveré...

Alec Sharr abandonó la tienda, sin perder la sonrisa, aunque lleno de melancolía en su interior. ¿Cuándo volvería a encontrar trabajo?

Después de cenar, regresó a su casa. Sentíase deprimido y amargado. Empezaba a prever su vuelta a la granja de sus padres... y a él, aunque le gustaba el campo, no le agradaba tanto como para permanecer cultivándolo por el resto de sus días.

Abrió la puerta y se encontró con una sorpresa.

Era su hermano Ned.

— ¡Rayos, Ned! — exclamó alegremente, palmeándole con fuerza en los hombros, durante el abrazo de rigor—. ¿Qué diablos haces aquí?

— He venido a verte, Alec — contestó Ned Sharr. Tenía dos años más que su hermano y se parecían bastante, aunque Ned era algo más bajo de estatura y de pelo claro y ojos grises—. Tuve carta de casa y me dijeron que te encontrabas en dificultades.

— Algo por el estilo, Ned — contestó Alec, haciendo una mueca —. ¿Te apetece algo de beber? Todavía me queda media botella...

— Bueno, echa una copa — sonrió Ned —. Oye, por poco me dejas a mí también sin trabajo.

— ¿Qué quieres decir, muchacho? —preguntó Alec, extrañado, mientras llenaba las dos copas.

— Esta tarde, ¿no lo recuerdas? Entrabas en aquella tienda tan atropelladamente, que casi derribas a mi ama.

Alec se volvió y miró de hito en hito a su hermano.

— ¡Ahora caigo! ¡Tú eras el chófer de esa prójima! — exclamó.

— El mismo, pero... cuidado, Alec; Winifred Hallestar no es ninguna prójima, sino lo que antiguamente se decía: una dama de elevada alcurnia.

Alec silbó, mientras entregaba la copa a su hermano.

— ¡Winifred Hallestar! — repitió—. Dinero en abundancia, montañas de dinero, océanos de dinero...

— Así es, Alec —convino Ned, tras su primer sorbo—. Ella, W. H., es la primera fortuna de la Tierra... y yo, un modesto empleado suyo, pero con un sueldo superior al de un general.

— Te felicito, chico. ¿Cómo encontraste esa ganga?

— Sería largo de contar, Alec, pero comprenderás que, mientras pueda, no suelto el empleo ni a tiros. A propósito, he venido a verte para resolver tu situación de parado.

Alec apuró el contenido de su copa.

— ¿De qué se trata? —preguntó.

— W. H. necesita un piloto suborbital —contestó Ned—. Yo le he hablado de ti y ella ha aceptado... si tú aceptas sus condiciones.

— ¡De mil amores, Ned! —exclamó Alec—. Ya sabes que esa es mi especialidad...

— Sí, pero te echaron por culpa de aquel aterrizaje en que a poco si matas a todo el pasaje.

Alec frunció el ceño.

— Habría mucho que hablar acerca de quién fue la culpa, pero ya sabes, la cuerda se rompe siempre por lo más flojo... Oye, y a propósito, ¿cómo es que Winifred necesita un piloto suborbital?

— Ah, pero, ¿es que no lo sabias? W. H. reside casi de continuo en «La Losa». ¿Sabes que es «La Losa»?

Alec hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, pero no tenía ni idea de que... Bueno, ¿Qué le pasó a su piloto?

— Te lo diré, para que obres en consecuencia y no vuelvas a perder el empleo. El anterior piloto creyó que W H. le ponía ojos tiernos y, en cierta ocasión en que se hallaban solos... bueno, figúrate lo que pasó... es decir, lo que el piloto quería que pasara Naturalmente, W. H. le despidió *ipso facto*. Es muy guapa, tú mismo lo has visto, amable y cariñosa, pero también un bloque de hielo, no sé si sabrás entenderme.

— Te comprendo perfectamente, y en lo que a mí respecta, puedes estar seguro de que la tratare con el máximo respeto. Además, es mayor que yo... y también que tú, ¿no es cierto?

Ned hizo un gesto ambiguo.

— ¡Psé! Yo creo que debe de tener unos cuarenta años —contestó.

— ¡Pues nadie le echaría más de treinta! — sonrió Alec. De pronto, lanzó una exclamación—. Oye, Ned,

El mayor de los hermanos Sharr se sintió extrañado por aquella

frase.

—¿A qué te refieres, Alec? —preguntó.

— A la cicatriz de tu barbilla, aquella que te hiciste de pequeño, al caerte de un manzano. ¿Recuerdas? Te dieron nada menos que seis puntos...

Ned se tocó la mandíbula con dos dedos.

— Bueno, me molestaba un poco ir marcado por ahí como un matón de taberna, sobre todo, teniendo en cuenta mi actual empleo, así que hice que un cirujano estético me la borrase, eso es todo, Alec.

II

Veinticuatro horas más tarde, y mientras Alec Sharr esperaba arreglar su documentación, se encontró en un restaurante con un conocido suyo.

Tratábase de un veterano periodista, llamado Martín Rayston. Era bastante mayor que él y le conocía merced a una antigua amistad existente con los padres del joven.

Los dos hombres se sentaron a cenar juntos. Tras las primeras frases de saludo, Rayston preguntó a Sharr por sus actividades presentes.

— Acabo de encontrar un nuevo empleo — respondió Alec.

— ¿De qué se trata? — preguntó Rayston, atacando con brío su filete asado.

— De mi especialidad, pero piloto privado. La dueña del cohete es una mujer inmensamente rica. Tal vez usted la conozca, Martín; se llama Winifred Hallester.

El periodista repitió el nombre de la dama.

— Sí, la conozco, aunque no puedo decir que personalmente — manifestó—. Su madre se casó hace cuarenta y cuatro años con Rex Hallestar, un tipo inmensamente rico, quien, además, era un lince para los negocios.

— Entonces, ella es la heredera de la fortuna — dijo Alec.

— Así es, en efecto.

— Es una mujer muy hermosa. Y bien conservada.

— A veces, la viudez ayuda a conservar el físico — sonrió el periodista.

— ¿Estuvo casada?

— En efecto. Estuvo casada con un tal Pierre Grouneau, que decía ser conde francés. Yo creo que no lo era, pero eso es cuestión de poca monta. El matrimonio debió de resultar un gran fracaso, tanto que ella ha recuperado incluso su apellido de soltera.

— Ya veo —dijo Alec pensativamente—. Así que su madre se casó hace cuarenta y cuatro años.

— Lo que, razonablemente, da para ella una edad uno o dos años inferior.

— Pues está magníficamente conservada, todo sea dicho — sonrió Alec—, A propósito, Martín, ¿qué sabe usted de su posesión espacial?

— ¡Ah! ¿Te refieres a «La Losa»? Es un asteroide capturado por su padre, para satisfacer un capricho de su esposa. La madre de W. H. no quería una estación o un satélite construido en la Tierra, sino

algo más original.

— Y como a su esposo le sobraba el dinero…

Alec se interrumpió. El periodista acababa de ponerse en pie para saludar a un individuo que entraba en aquel momento junto a ellos.

— ¡Profesor! —llamó Rayston—, ¡Profesor Quoll!

El aludido se detuvo en el acto. Era un hombre de pelo gris, lindante con la cincuentena, de ojos saltones y vestido con cierto descuido. Parecía muy sorprendido.

— Hola, profesor —siguió Rayston—. ¿Ya no me recuerda? Nos hemos visto muchas veces en la Universidad de…

— ¿Quién es usted? — preguntó el científico.

Rayston se asombró.

— Vamos, profesor, no diga que ha olvidado mi nombre. Soy Martín Rayston y era ayudante de laboratorio con usted hace veinte años. Luego seguimos viéndonos, cuando dejé la ciencia por el periodismo…

— Ah, sí, ahora lo recuerdo — contestó Quoll fríamente—. Perdón, señor Rayston; no le había reconocido.

— No tiene importancia, profesor. ¿Quiere sentarse con nosotros? Este joven es amigo mío, Alec Sharr, piloto de…

— Muchas gracias, señor Rayston — denegó Quoll rápidamente —. Estoy citado con unos amigos. Encantado de saludarle. Y a usted también, señor Sharr.

Dicho lo cual, el profesor se alejó con paso rápido, desapareciendo de la vista de los amigos en pocos segundos.

Rayston volvió a sentarse, con la perplejidad retratada en su semblante.

— ¡Qué raro! -exclamó—. Si Quoll tiene una cualidad buena sobre todas las demás, y es un químico famoso, es su memoria. No comprendo cómo ha podido dejar de reconocerme…

— Los sabios — sonrió Alec —, ya se sabe, son muy distraídos.

— Algunos, pero no Quoll. —Rayston se encogió de hombros —. Bueno, ¿y qué importancia tiene? Alec, estábamos hablando de ti. De modo que ahora eres el piloto de la señora Hallestar.

— En efecto, Martín —contestó el joven—. Creo que mañana tendré arreglada la documentación; ella me ha dicho que pasado quiere zarpar para «La Losa» y me gustaría revisar personalmente el cohete antes del despegue.

* * *

El cohete describió una graciosa curva en el espacio y se aproximó al enorme pedrusco que flotaba, aparentemente inmóvil,

a cuarenta mil kilómetros de la Tierra.

Olvidado del esplendente panorama que se divisaba desde allí, Alec se aplicó íntegramente al manejo del aparato. Sus manos se movieron hábilmente por el cuadro de mandos y, poco a poco, las dos órbitas fueron equiparándose, hasta que el cohete quedó en una paralela a la del asteroide.

A menos de cien metros de altura, Alec contempló con ojos fascinados aquel enorme pedrusco, cuyo nombre no podía estar mejor aplicado.

Realmente, era una gran lápida, de unos dos mil metros de longitud, por medio de anchura y unos doscientos cincuenta de grosor. Su forma era la de un paralelogramo, con bordes irregulares, sin vértices apenas. Casi en el centro, Alec divisó una construcción cupular.

Había varias antenas de radar, de radio y televisión, así como los correspondientes detectores de meteoritos. La cápsula, de enormes dimensiones, se hallaba situada casi en el centro.

Alec pudo darse cuenta de que la superficie del asteroide había sido alisada por medios artificiales, hasta quedar tan pulida como el pavimento de una avenida ciudadana de la Tierra. Bajo la cúpula divisó un frondoso jardín, situado en uno de los lados de la misma.

«Estos Hallestar no se privaban de nada», pensó para sus adentros.

Atendió las indicaciones de la torre de control y guió al cohete hacia un círculo de color anaranjado fosforescente, situado a escasa distancia de la cúpula. Los chorros del aparato vertían sus ígneos fogonazos en dirección opuesta.

Segundos más tarde, Alec sacó las patas sustentadoras. El cohete se posó sobre el suelo del asteroide con singular suavidad.

— Bravo —alabó Winifred Hallestar con voz bien timbrada—. Ha sido uno de los mejores aterrizajes que he presenciado jamás.

— Muchas gracias, señora Hallestar —contestó el joven, desciñéndose los atalajes de seguridad—. Permítame que la ayude...

— No es necesario, muchas gracias; estoy acostumbrada a hacerlo por mí misma — contestó ella.

Winifred se desató del sillón y se puso en pie. Tenía la silueta de una muchacha, observó Sharr, mientras se disponía a dirigirse hacia la escotilla ventral del aparato.

Entonces notó algo que le llenó de sorpresa.

— ¡Hay gravedad artificial! —exclamó.

— Dos tercios de la normal — aclaró ella, con graciosa sonrisa —. Costó caro, pero la ingravidez, a la larga, molesta.

— Comprendo.

Salieron de la cabina y alcanzaron la escotilla ventral. Antes de partir, Sharr había recibido ya instrucciones al respecto.

Una luz verde parpadeó de pronto sobre la escotilla. Sharr la abrió.

Un túnel extensible había sido adosado a la panza del aparato, a fin de evitar la incomodidad que suponía ponerse y quitarse los trajes de vacío. A través del hueco ascendió una plataforma de sección circular.

Era un ascensor que, una vez situados en su centro, les llevó a un lugar situado a treinta metros de la superficie del asteroide. Sharr estaba acostumbrado a ver cosas extrañas, pero aquello superaba a todo.

La plataforma se detuvo ante la boca de un túnel de gran amplitud, brillantemente iluminado. Suelo, techo y paredes carecían en absoluto de irregularidades, a no ser las puertas que se divisaban a intervalos regulares.

Una joven de esbelta figura se adelantó hacia los recién llegados.

— Bienvenida a casa, señora — saludó.

— Gracias, Maisie —contestó Winifred—. Le presento a mi nuevo piloto, Alec Sharr. Señor Sharr, esta es Maisie Dunnigan, mi doncella particular.

Alec contempló a la muchacha brevemente. Era casi tan alta como él, pelirroja y de ojos verdes. Unas cuantas pecas en su rostro y un par de hoyuelos en sus mejillas le conferían una expresión sumamente atractiva y encantadora.

— Celebro conocerle, señor Sharr — dijo la muchacha, con una breve inclinación de cabeza.

— El gusto es mío, señorita Dunnigan —contestó él.

— Maisie, ocúpese de mi equipaje —dijo Winifred—. Ocúpese también de indicar al señor Sharr su alojamiento. —Se volvió hacia el joven—. Es usted un hábil piloto, señor Sharr; su hermano no exageró al darme informes suyos.

— Muy amable, señora Hallestar — se inclinó Alec gravemente.

Winifred se alejó a lo largo del pasillo. Alec y Maisie quedaron solos, frente a frente.

— Cuando usted quiera, señorita —dijo él.

— Gracias.

El ascensor les llevó de nuevo al cohete. Necesitaron dos viajes para bajar las maletas de Winifred al túnel. Una vez las cargaron en una carretilla eléctrica, Maisie se sentó en el puesto del conductor y Alec lo hizo a su lado.

Las preguntas hervían literalmente en la boca de Alec, pero, discreto, se dijo que le convenía callar. Ya se iría enterando poco a poco de las peculiaridades de aquel singular satélite.

Maisie puso en marcha el vehículo, que se deslizó silenciosamente por el túnel. Sharr observó que todas las puertas aparecían cerradas, aunque no ofrecían nada de particular en su aspecto exterior.

Sólo una llamó su atención, y ello fue debido al rótulo que, letras blancas sobre fondo negro, campeaban en su centro:

TERMINANTEMENTE PROHIBIDA LA ENTRADA

— No será el cuarto de Barba Azul — dijo Alec, bromeando.

— Es el laboratorio del doctor Bocksley — contestó Maisie—. Es un tipo algo raro y no le agrada que le estorben cuando trabaja.

— Ah —murmuró el joven. ¿Quién diablos podía ser aquel doctor Bocksley?, se preguntó.

El túnel subió de nivel. Pasaron por delante de una puerta, con el rótulo indicador de «Ascensor», y

Alec supuso que sería la que Winifred había usado, dada su corta distancia al punto de arribada.

El trazado del túnel era ahora en espiral. Minutos después, salían a la superficie, aunque bajo la bóveda transparente de la cúpula protectora.

Alec se quedó mudo de asombro. La visión externa no podía dar una idea de lo que había bajo aquella gigantesca campana transparente, cuya base medía unos trescientos cincuenta metros de diámetro. Su altura debía de ser de unos setenta y cinco, calculó el joven.

Había edificios de una y dos plantas, de diseño atrevidísimo y, en uno de los lados del recinto divisó otra casa, en medio de un frondosísimo jardín, en el que no faltaban todo género de plantas. La extensión del jardín no era inferior a la de un campo de fútbol.

Maisie detuvo de pronto la carretilla.

— Aquí es —dijo, a la vez que saltaba al suelo.

Sharr la imitó. Tomó su equipaje, consistente en una simple maleta y un estuche de aseo, y siguió a la muchacha.

Maisie entró en una casa de una sola planta y le enseñó una habitación de lujoso decorado.

— Su cuarto, señor Sharr —indicó.

— No es una cabaña de pastor, precisamente — sonrió Alec.

— A la señora Hallestar le gusta tener contento al personal que

trabaja para ella.

— Me parece muy bien. Una pregunta, señorita Dunnigan.

— Diga, señor Sharr.

— ¿Dónde está el comedor?

Maisie sonrió.

— Tiene usted una dispensadora de alimentos — contestó —, pero si desea variar el menú, busque bajo la cúpula hacia el Sur, tomando el punto de aterrizaje como Norte. Encontrará el restaurante y le servirán lo que le apetezca. Gratis, por supuesto.

Alec lanzó un profundo suspiro.

— Creo que he dado con el mejor empleo de mi vida —comentó.

— Así es — confirmó la doncella —. Ahora, permítame que vaya a atender a la señora Hallestar.

— No faltaría más, señorita.

Maisie se alejó, dejándole solo.

El cuarto era limpio, sumamente espacioso, y disponía de un enorme ventanal, desde el que se divisaba el borde del asteroide y, más lejos, parte del planeta. Era una visión fantástica, casi irreal, de singular belleza.

A continuación, Alec exploró su alojamiento, que constaba, además del dormitorio, de una salita y un baño. En la salita encontró un televisor, un visófono y una pequeña y escogida biblioteca. En un lado de la misma vio la dispensadora de alimentos, con un aparador lleno de botellas al lado.

— Así da gusto trabajar —murmuró, mientras se disponía a deshacer su equipaje.

Y pensó con lástima en el desdichado piloto, antecesor suyo, que había perdido un empleo tan bueno, sólo por haber creído que sus encantos varoniles habían hecho mella en el ánimo de la hermosa Winifred Hallestar.

— A mí no me pasará eso — aseguró, mientras se encaminaba hacia la ducha.

En «La Losa» se observaba el horario terrestre. Al anochecer. Alec, deseoso de conocer un poco mejor su nueva residencia, salió de la casa y buscó el restaurante.

Era un local capaz, con una docena de mesas, dotado de amplios ventanales. No había camareras que sirvieran a la mesa, cada uno de los comensales debía tomar una bandeja y pasar por un mostrador, donde una rubicunda cocinera, ayudada por un muchacho de veinte años, servía lo que cada uno de los presentes deseaba cenar.

Alec se presentó y fue presentado a su vez a unos cuantos

sujetos, los motivos de cuya estancia en el asteroide no le fueron explicados. Al cabo de un rato, llegó Maisie y, tras llenar su bandeja, buscó una mesa con la vista.

Alec le dirigió una sonrisa invitadora. Maisie, tras una breve vacilación, se dirigió hacia él.

— Le agradezco mucho que quiera sentarse a mi lado —dijo el joven—. Los demás no parecen hacerme mucho caso...

Maisie sonrió, mientras depositaba su bandeja sobre la mesa.

— Aquí, cada cual se ocupa de sus propios asuntos — manifestó intencionadamente.

— Claro, claro —repuso Alec. «Sé discreto», se aconsejó mentalmente.

— Verá bastante personal — dijo Maisie—. El funcionamiento de este asteroide es más complejo de lo que parece. Todos son técnicos, como puede comprender.

— Desde luego. Pero — no se pudo contener—, eso debe costar una millonada.

Maisie hizo un leve encogimiento de hombros.

— Cuando se posee una fortuna como la de la señora Hallestar, es un detalle sin importancia — declaró.

— Entonces, la fortuna es nuestra por ser sus empleados — sonrió Alec.

— En lo que a mí se refiere, no puedo quejarme. Cierto que no es un empleo que me guste del todo, pero hay veces en que una no tiene dónde elegir.

— Comprendo —murmuró él. Tal vez Maisie, calculó, quería algo mejor para sí que ser una simple doncella, pero el sueldo que debía de cobrar compensaba en buena parte sus frustraciones.

De pronto, en una de las mesas inmediatas, se produjo un pequeño revuelo. Sonó un grito y un hombre cayó al suelo.

Maisie se puso en pie vivamente y echó a correr hacia el caído. Alec la siguió en el acto, alarmado por el incidente.

La chica se arrodilló junto al individuo y le tomo el pulso. Movió la cabeza con gesto pesimista.

— Este hombre no debió haber venido nunca al asteroide — dijo —. Llévenlo al doctor Biltmore; seguramente, le ordenará regresar a la Tierra.

— Está bien, señorita Dunnigan — contestó uno de los presentes.

Dos hombres cargaron con el caído, que seguía inconsciente, y lo sacaron del comedor. Otro se encargó de retirar su bandeja y llevarla al mostrador de la cocina.

Maisie se volvió hacia Alec, quien permanecía mudo de

asombro.

— El pobre Fernández lo pasará mal —dijo—. Necesita una gravedad completa o su corazón no podrá resistirlo.

— Yo creía que la aminoración de la gravedad resultaba beneficiosa para las enfermedades del corazón — exclamó Alec.

— En según qué casos, sí, porque el trabajo del corazón se hace menos penoso. Pero Fernández tiene una gran taquicardia, y la falta de un tercio de gravedad aumenta considerablemente el número de los latidos de su corazón. Eso puede resultarle funesto, si no le pone pronto remedio.

— Desde luego... Oiga, entiende usted mucho de medicina — exclamó Alec, perplejo.

— Tengo el título —contestó ella simplemente.

Alec se sentía cada vez más lleno de asombro. Una chica que poseía el título de doctor en medicina... empleada como simple doncella.

«No lo entiendo», se dijo.

Regresaron a su mesa. Entonces, un hombre entró en el comedor.

— ¡Ned! —exclamó Alec, contento de ver a su hermano.

Ned se volvió y le dirigió una fría y distante mirada.

Acércate, hombre —invitó Alec—. Nosotros estamos terminando dé cenar, pero...

— Ya lo he hecho antes, gracias — contesto Ned —. Sólo buscaba a un hombre...

Alec frunció el ceño.

— Oye, Ned —dijo—, yo te creía en la Tierra.

¿Cuándo demonios has venido?

—Llegué antes que tú — contestó Ned evasivamente—. Dispénsame, Alec, pero tengo trabajo.

Alec se puso en pie, con ánimo de retener a su hermano. Éste volvió a mirarle y giró sobre sus talones.

En el mismo momento, Alec vio algo que le llenó

de estupefacción.

— ¡Ned! — gritó, pero su hermano salía ya por la puerta del local.

— Por favor —dijo Maisie, un tanto molesta— , repórtese.

Alec se sentó frente a la muchacha.

Escuche, ese hombre es mi hermano...

— Sí, lo sé. ¿Y bien?

— Hace tres días, estuvimos juntos en la Tierra.

Él me dijo que era el chófer personal de la señora Hallestar, Al

día siguiente, me presentó a W. H. y me recomendó para el puesto de piloto personal.

— ¿Y qué más?

— Que eso significa que, hace dos días, Ned estaba en la Tierra...

Ah, pero ¿cree acaso que no hay más cohetes que el suyo de enlace entre «La Losa> > y el planeta? — dijo Maisie—. Usted es el piloto personal de la señora Hallestar, no lo olvide.

— Muy bien, en eso estoy de acuerdo — admitió

Alec . pero hace dos días, mi hermano tenía la barbilla lisa. Me dijo que se había hecho borrar una cicatriz de casi diez centímetros que se causó en una caída cuando era un niño. ¿Cómo se explica usted que ese hombre tenga ahora la misma cicatriz?

Maisie frunció el ceño.

— ¿Está seguro? —preguntó.

— Absolutamente — contestó Alec, con voz enfática.

— Tal vez se equivocó usted.

— No hay error posible —aseguró Alec—. No era una cicatriz cualquiera, le dieron cinco o seis puntos cuando se hirió, y le atravesaba todo el mentón.

— Me deja usted perpleja — dijo Maisie.

— Pues no la miento, créame. Y ahora mismo, yo voy a...

Maisie extendió su mano a través de la mesa y detuvo el impulsivo gesto del joven.

— Señor Sharr —aconsejó—, quédese quieto. No haga nada, por favor.

Alec la miró fijamente.

— Esto es muy raro — dijo.

— Por favor —insistió ella.

Alec se sentó.

— Bien, hablaré con Ned en cuanto tenga ocasión. ¿Qué hace aquí? —preguntó.

— Es el chófer de la señora Hallestar... y, recuerde, hay más cohetes, aparte del suyo.

El joven no se sentía demasiado convencido. Empezaba a sospechar que en «La Losa» ocurrían cosas extrañas.

Terminó de cenar desganadamente. Sin querer entrar en más explicaciones, Maisie se despidió de él y se marchó.

Alec se retiró a su alojamiento. Permaneció largo rato en pie, junto al ventanal, fumando cigarrillo tras cigarrillo.

Una doncella particular, con título de médico; un hombre que se moría, por no poder resistir la estancia en el asteroide; la frialdad y

la reserva de los habitantes de «La Losa»... Y también de su hermano, cuya actitud había sido bien distinta de la efusiva y cariñosa observada en la Tierra...

Y, sobre todo, la reaparición de la cicatriz, que Ned había asegurado le había sido borrada por un especialista en cirugía estética.

¿Qué sucedía en aquel satélite?

Incapaz de hallar una respuesta adecuada, se tendió en el lecho. Al fin, consiguió dormirse.

Pasada la media noche, se despertó bruscamente. Sentóse en el lecho y, en aquel momento, supo que ya no podría continuar durmiendo.

Fumó dos cigarrillos. Luego se puso en pie, calzándose unas zapatillas y envolvió el cuerpo en una bata.

Se acercó a uno de los ventanales. Contempló abstraídamente el magnificente espectáculo del espacio, negro, profundo, estrellado... con parte del planeta, ocupando una gran extensión del panorama.

De pronto, una mota brillante que se moría con relativa lentitud, apareció ante sus ojos.

No era un cohete de enlace, adivinó en el acto. Tampoco se trataba de un meteorito; su velocidad de traslación era demasiado lenta. Más parecía...

De pronto, Alec recordó que, en su equipaje, como recuerdo de su anterior empleo, poseía un par de potentes prismáticos. Corrió a buscarlos y regresó a toda prisa al ventanal.

Los prismáticos eran de 20 x 60, casi un telescopio binocular. Enfocó el aparato óptico hacia aquel punto brillante.

Se quedó sin aliento. Era un cuerpo humano, que

se desplazaba lentamente por el espacio... y sin escafandra de vacío.

A pesar de la potencia de los gemelos, le resultó imposible distinguir las facciones del sujeto, quien, por otra parte, aparecía casi vuelto de espaldas hacia él. La chispa brillante estaba producida por un extraño aparato de forma tubular, sujeto a su espalda por medio de unos arneses.

Súbitamente, se produjo un vivísimo fogonazo. Alec parpadeó; el resplandor había sido aumentado veinte veces por los prismáticos.

Cuando sus pupilas se habituaron de nuevo a la luz ambiental, volvió hacia el mismo punto.

El hombre había desaparecido.

«Convertido en polvillo cósmico por la explosión», pensó.

Se tendió en la cama, recomendándose, una vez más, discreción.

Sin embargo, confiaba en Ned para que le explicase algunas de las cosas que sucedían en aquel pedrusco espacial.

El misterio de su cicatriz, en primer lugar.

A la mañana siguiente, enervado y malhumorado, se levantó y, tras el aseo correspondiente, tomó un par de tazas de café, servidas por la dispensadora de alimentos. No quiso ingerir nada sólido; el cuerpo no se lo hubiera admitido.

Abandonó su alojamiento. El espacio bajo la cúpula se hallaba desierto.

Sin duda, pensó, todos los técnicos se hallaban ya en sus puestos. Como no sabía qué hacer, paseó sin rumbo fijo hasta que, de repente, se halló al borde del jardín.

La casa de Winifred Hallestar se divisaba entre la vegetación. Alec se preguntó si valdría la pena hablar con la hermosa propietaria de aquel lugar.

Alguien resolvió sus dudas de una manera inesperada.

— No se puede pasar —dijo una voz de broncos tonos a su derecha.

El joven se volvió.

Era un hombre gigantesco, de más de cien kilos de peso y aspecto de perro guardián. Su cabeza sobresalía un palmo por encima de la de Alec.

Vestía un traje oscuro, de una sola pieza, ceñido por un ancho cinturón negro, del que pendía una funda la que, a juzgar por su tamaño, debía de contener un pistolón de pavorosas dimensiones. Lo más extraño de todo era que el sujeto parecía ser sumamente miope, a juzgar por las gafas de gruesos cristales que usaba.

— Lo siento, no quería molestar —se excusó el joven.

— Entonces, dé media vuelta y lárguese —dijo el otro desabridamente.

— Oiga, ¿y por qué no suelta un par de ladridos?

— contestó Alee con mordaz acento.

El rostro del guardián se puso de color escarlata. Levantó un brazo como un tronco de olivo y blandió el puño amenazadoramente.

— Escuche, si no se larga ahora mismo...

— ¡Orrin! ¿Qué sucede? —sonó en aquel instante la voz de Winifred Hallestar.

El gigante se volvió, Winifred aparecía en aquel momento, vestida con un traje de vaporosos tules y con un cestillo lleno de flores en el brazo izquierdo. Era una estampa casi romántica.

— Señora, este entrometido...

Alec interrumpió al guardián.

— No soy ningún entrometido, señora Hallestar

— dijo firmemente —. Él me dijo que no podía pasar y yo me disponía a marcharme. Incluso me excusé, pero él empleó un tono que no me gustó, eso es todo.

— Orrin es un tanto impulsivo —sonrió Winifred—, pero muy leal. Dispénsele, señor Sharr. Orrin —se dirigió al gigante—, puedes irte.

Él guardián se alejó, sin una palabra de protesta. Alec y Winifred quedaron frente a frente.

La hermosa mujer le sonreía atractivamente, como si quisiera compensar con su expresión el desabrimiento del gigante. La luz era clara e intensa en aquel lugar y a Alec le pareció de repente que Winifred no era tan joven como parecía.

Creyó observar algunas minúsculas arrugas en lo que parecía un rostro de tez perfecta. ¿O tal vez era una ilusión óptica suya?

— ¿Necesitaba algo en particular, señor Sharr? — preguntó Winifred, apenas se quedaron solos.

Alec hizo un gesto con la cabeza.

— No, en absoluto, muchas gracias. Simplemente, me daba un paseo, cuando Orrin...

— Orrin Küss —aclaró Winifred, sin dejar de sonreír—. Repito que no debe hacerle caso, señor Sharr. De todas formas, celebro haber llegado a tiempo para zanjar el incidente.

— Es usted muy amable, señora — contesto Alec —. Gracias por su intervención.

— No hay de qué — dijo ella. Y se despidió—: Buenos días, señor Sharr.

— Buenos días, señora Hallestar.

IV

Aquella noche, Maisie Dunnigan no acudió a la cena en el comedor.

Alec esperó a la muchacha inútilmente. Maisie no se dejó ver.

Su hermano tampoco acudió. Alec no había conseguido verle durante el día.

Frustrado, terminó de cenar y devolvió la bandeja al mostrador. La cocinera estaba sirviendo a un rezagado y Alec esperó a que terminase su tarea.

— ¿Quería algo más, señor Sharr? —preguntó la mujer.

— Oh, no — contestó Alec —. Bueno, mejor dicho, sí; quería interesarme por la salud de aquel pobre hombre que se puso enfermo anoche.

— ¿Se refiere a Fernández? Se lo llevaron de vuelta a la Tierra antes de que amaneciera.

— Vaya —dijo Alec—, eso significa que me he quedado sin cohete provisionalmente.

— ¿Por qué? Su cohete no es el único, señor Sharr.

Alec levantó las cejas.

— Pues si quiere que le diga la verdad, yo no he visto otro desde mi llegada...

— Hay un terreno de despegue en la cara opuesta de «La Losa» —dijo Annie, la cocinera—. Seguramente, no lo vio a su llegada, eso es todo.

— Tiene usted razón, Annie —contestó el joven, vivamente sorprendido por la noticia. Un punto de discreción le dijo que no convenía hacer más preguntas sobre el particular—. Bien, en todo caso, me alegro por el pobre Fernández. A propósito —añadió—, ¿ha visto usted a mi hermano? Se llama Ned...

Alec esperó ansiosamente la respuesta. La cocinera movió la cabeza de derecha a izquierda.

— No tengo la menor idea, señor Sharr. Aquí, si quiere que le diga la verdad, cada uno se ocupa de sus propios asuntos, sin meter las narices en los de los demás. Cuando quiera, vendrá, yo le daré comida y... bueno, para mí esa es toda mi labor.

— Sí, ya entiendo. Muchas gracias, Annie.

— A su disposición, ya sabe, señor Sharr.

Alec regresó a su habitación y, tras encender un cigarrillo, se sentó frente al televisor. ¿Era que no había un medio de dar con Ned?

Forzosamente, se dijo, debía de haber en «La Losa» una especie

de jefe de personal, un segundo de Winifred Hallestar, un hombre de confianza suyo, que rigiese en su nombre al personal que mantenía en servicio al asteroide. Eso parecía lo lógico y correcto, pero, en todo caso, ¿dónde estaba ese hombre?

— Aquí, lo que pasa es que la lógica brilla por su ausencia —se dijo, tras largas reflexiones.

Aunque no le gustaba hacerlo, acudió al comedor a la hora del desayuno. Fue de los primeros y se marchó el último.

Ned no dio señales de vida. Alec empezó a sentirse preocupado por el paradero de su hermano.

Tras una hora larga de espera, decidió algo para salir de aquella enervante inactividad.

Abandonó el comedor, buscó el acceso al interior del asteroide, por el mismo sitio de su llegada. Dado que no estaba muy seguro de hacer funcionar el ascensor, emprendió el camino a pie.

Recorrió la espiral y llegó al túnel, advirtiendo entonces que se prolongaba mucho más del punto donde se hallaba el ascensor que conducía directamente al cohete. El silencio era absoluto; tan sólo se percibía un levísimo rumor, que estimó procedente de la central que proporcionaba energía a todos los servicios.

Avanzó unos cuantos pasos y se detuvo ante la primera puerta, en la que no había ningún cartel prohibitivo. Tras unos segundos de indecisión, asió el pomo y lo hizo girar.

Abrió la puerta. Al otro lado, había una espaciosa habitación, en la que divisó a tres sujetos durmiendo sobre sendos lechos.

Alec pensó que se trataría de empleados que habían trabajado durante la noche y volvió a cerrar, a fin de no turbar su sueño. Siguió adelante y abrió la segunda puerta.

Era otro dormitorio análogo, con otros tres hombres. La pieza era espaciosa y las camas estaban situadas en el lado opuesto, de tal modo, que resultaba difícil verles las caras. No obstante, creyó estar seguro de que ninguno de aquellos tres hombres era su hermano.

Examinó la tercera puerta. El decorado y los detalles, eran idénticos, incluyendo a los tres durmientes.

— ¡Rayos! — masculló —. Aquí, la gente se pasa el día en un sueño.

Abrió una nueva puerta y, como en ocasiones anteriores, dio dos pasos en el umbral. Entonces, oyó ruido de tacones en el corredor.

Cerró presurosamente, quedándose por la parte interior, a fin de no ser visto. Sin embargo, dejó una rendija, con objeto de poder atisbar.

Winifred, vestida con relativa modestia, pero elegantemente,

pasó por delante de sus ojos. Aunque no la vio, Alec oyó que se detenía a unos pasos de distancia y tocaba en una puerta con los nudillos.

Segundos más tarde, oyó una voz hombruna.

— ¿Quién es?

— Yo, doctor. Abra, por favor — contestó la mujer.

Alec captó un gruñido de enojo. Luego oyó el ruido de una cerradura.

— ¿Qué le pasa ahora, Winnie? —dijo el hombre, sin el menor respeto para la dueña de la «La Losa» —. ¿Por qué me interrumpe? ¿Es que no sabe que no me gusta...?

— Tengo que hablarle —le interrumpió ella vivamente —. Los efectos de la última dosis se me están pasando. ¿Cuándo me aplica una nueva, doctor?

— Estoy terminado de componerla, tenga paciencia, se lo ruego. Es cuestión solamente de dos o tres días, Winnie.

— ¿Seguro? —preguntó ella con voz ansiosa.

— Seguro, Winnie —afirmó el hombre enfáticamente.

— Está bien, si no pasa de dos o tres días... Pero dese prisa, doctor; los efectos de la falta de la droga se empiezan ya a notar.

Alec oyó una risita burlona.

— ¿De veras? Winnie, pero ¡si está más hermosa que nunca!

— ¡Oh, no se burle de mí, doctor! —dijo Winifred con irritación —. Esto no es cosa de broma...

— Está bien, está bien —rezongó el individuo—. Cuarenta y ocho horas tan sólo, Winnie. Y... no tema por su figura; seguirá siendo tan esbelta como lo es ahora y como lo era hace...

— ¡Basta! —cortó la mujer imperativamente—. ¡No he venido aquí a que me recuerde mi edad, sino a pedirle que me aplique la droga! No olvide que, a cambio de unas gotas de esa pócima, le he montado aquí un laboratorio para sus experimentos, como no lo posee ningún otro científico en nuestro planeta. Le conviene tener esto siempre bien presente, doctor Bocksley, ¿me ha entendido?

— No lo he olvidado ni un solo instante, Winnie, pero sus amenazas no me asustan. Usted podría echarme de aquí, pero ¿qué le sucedería entonces? ¿Se lo imagina, Winnie?

— ¡Es usted odioso! — dijo ella, con voz crispada—. Si no fuera porque...

El hombre rió sarcásticamente.

— Estamos los dos en el mismo bote, preciosa. Usted me necesita a mí y yo la necesito a usted, así que será mejor que nos dejemos de improperios. Pasado mañana, a estas horas, iré a verla a

su casa. ¿De acuerdo?

— Está bien. Hasta pasado mañana.

Alec cerró la puerta por completo, con objeto de no ser divisado por la hermosa viuda. El diálogo sostenido con aquel sujeto que decía ser el doctor Bocksley le dejó lleno de perplejidad.

¿Era Winnie una adicta a las drogas?

No lo parecía, se dijo; en todo caso, una morfinómana no podría esperar cuarenta y ocho horas para tomar una dosis de la droga. Y, por otra parte, si lo fuese, Winifred no necesitaría del concurso de un médico para tener toda la morfina que quisiera. ¿No era inmensamente rica?

Debía de tratarse de algún medicamento especial, para alguna dolencia que no saltaba a la vista y que sólo Bocksley sabía preparar. Pero, a juzgar por lo que había oído, a Winifred le era muy necesaria la droga.

¿Y Bocksley qué experimentos hacía en el satélite? Debían de ser costosísimos, según podía deducirse..., pero Alec no tenía la menor idea de la clase de trabajos que realizaba el médico.

Minutos más tarde, se arriesgó a abrir la puerta. El pasillo estaba desierto.

Abandonó el dormitorio. Pasó por delante de la puerta prohibida y abrió la siguiente.

Sólo había un hombre dormido en la estancia. Alec respingó.

Parecía Ned y estaba profundamente dormido, como los ocupantes de las demás habitaciones. Vaciló unos instantes, temiendo turbar su descanso, pero antes de que pudiera tomar una decisión, sonó una voz a sus espaldas.

— Eh, usted, ¿qué hace aquí?

Alec giró en redondo, viéndose frente a un sujeto de un tamaño análogo al de Orrin Küss y vestido de la misma forma. Incluso su actitud era tan hostil como la de Küss.

Ensayó una sonrisa y dijo:

— Soy el piloto personal de la señora Hallester. Como no conozco muy bien este lugar, he debido de extraviarme; buscaba el ascensor de acceso al cohete. Quiero revisarlo, ¿sabe?

— El ascensor está allí — indicó el sujeto de mal talante—. Y no debió haber abierto esa puerta.

— No hay ninguna indicación en contra, por eso lo hice — replicó el joven secamente—. En cambio, no abrí la que da al laboratorio del doctor Bocksley.

El guardián se sobresaltó.

— ¿Cómo diablos sabe usted que ése es el laboratorio? —

preguntó.

— Lo he oído en el comedor —mintió Alec.

— Está bien, váyase y..., de todas formas, no curiosee donde no debe. Ocúpese exclusivamente del cohete, eso es todo.

— Muy bien, usted manda. Buenos días, señor...

— Nelson — contestó el hombre secamente.

— Señor Nelson, eso es. Adiós.

El gigante no contestó. Momentos después, Alec se encontraba a bordo del cohete.

Para entretener el tiempo, hizo una revisión a fondo. Reparó algún desperfecto sin importancia y luego fue al comedor.

Mientras atravesaba el túnel, contuvo los deseos que sentía de abrir la puerta donde dormía su hermano. Ned, estaba seguro, le aclararía muchas de las cosas que estimaba raras y aun misteriosas.

Ned no compareció a la hora de la comida ni tampoco a la cena. Alec empezó a sentirse preocupado.

La tónica general era de una absoluta indiferencia hacia él. Nadie parecía preocuparse por su presencia ni nadie tampoco sentía demasiado interés en entablar relaciones con él. Sin embargo, creyó advertir una discreta vigilancia por parte de un par de individuos con el mismo aspecto de perros de presa que Küss y Nelson.

Pero nadie le molestó ni le dijo nada. Para rematar lo que creía colmo de su infortunio, Maisie no acudió tampoco aquella noche a la cena.

Discretamente, se retiró a su alojamiento. Trató de olvidar sus preocupaciones y consiguió tranquilizarse, diciéndose que veía visiones en donde no había nada de particular sino, solamente, el retiro de una dama excéntrica, caprichosa e inmensamente rica. Al fin, pudo dormir toda la noche, pero se levantó muy temprano, incluso antes del amanecer terrestre.

«La Losa» se hallaba sumida en un silencio total. Alec tomó una taza de café de su máquina y, ya vestido convenientemente, se dirigió hacia el túnel.

Minutos más tarde, llegaba ante la habitación donde estaba su hermano. Tras cerciorarse de que se hallaba solo, abrió la puerta.

Permaneció inmóvil durante unos momentos.

¿Había visto bien la víspera?

Se retiró y comprobó la situación de la puerta. No, no cabía error; era la misma..., la que correspondía al alojamiento de Ned, del que no había el menor rastro en aquellos instantes.

— Estará trabajando —se dijo, y cerró con todo cuidado, a fin de evitar ser sorprendido por Nelson.

Emprendió el regreso y se metió en su alojamiento. Allí permaneció buena parte de la mañana. Luego dio un paseo y a mediodía se acercó al comedor.

Ni Ned ni Maisie dieron señales de vida. Intranquilo, Alec se acercó a la cocinera, una vez quedó desierto el comedor.

— Annie, ¿ha visto usted a mi hermano? —preguntó.

— ¿Ned? No, en absoluto. Hace dos días que falta... ¿Está preocupado por él, señor Sharr?

— Bueno, me gustaría verle — contestó Alec, forzando una sonrisa de circunstancias.

Annie movió una mano.

— No pase cuidado por él, señor Sharr. Aquí, cada cual hace su trabajo y no se preocupa del de los demás. Ned regresará en cualquier momento, téngalo por seguro.

— Si usted lo dice... Gracias, Annie.

Alec abandonó el comedor.

Una idea se le ocurrió entonces. Winifred parecía demostrarle cierta simpatía. ¿Por qué no intentar directamente...?

Sin pensárselo dos veces, emprendió la marcha hacia la residencia de la hermosa mujer. Alcanzó el borde del jardín y buscó la entrada.

Había una especie de seto, de metro y medio de altura, que componía como una valla de separación. Alec caminó hacia una abertura que divisó a lo lejos y entonces oyó la voz de Winifred:

— ¿Me buscaba a mí, señor Sharr?

V

Alec miró por encima del seto.

Winifred estaba tendida sobre una toalla de vivos colores, cubierto su esbelto cuerpo con un traje de baño de dos piezas y bajo una lámpara solar. Sus ojos se hallaban ocultos tras unas gafas de color.

— En cierto modo, sí, señora — contestó.

Winifred se sentó. Alargó una mano, apagó la lámpara y se quitó las gafas.

— ¿Necesita algo? —preguntó, sonriendo amablemente.

— Pues...

Alec se interrumpió.

¿Qué le pasaba a aquella mujer?

El rostro de Winifred le pareció muy ajado, casi el de una vieja, pese a su belleza. Aun con los mismos rasgos, era muy distinto al de la mujer que había conocido una semana atrás, en la Tierra.

Su interrupción fue muy breve, apenas perceptible.

— Simplemente, quería preguntarle por mi hermano, Ned Sharr, señora Hallestar —concluyó la frase.

— Ah — dijo ella —, debe de estar ocupado por alguna parte. El manejo y el mantenimiento de este satélite es más complejo de lo que parece y se necesita mucha gente para tenerlo todo en orden... Bien — añadió ella con una encantadora sonrisa—, usted, que es astronauta, debe imaginarse fácilmente lo que son estas cosas.

— Por supuesto — contestó Alec cortésmente —. Tal vez me lo indique su jefe de personal. Debe de haber alguien que desempeñe esas funciones, ¿no es cierto?

— Claro. Busque al señor Yeshnan; es posible que él le diga algo sobre su hermano, señor Sharr.

— Mil gracias, señora... Es usted muy amable.

Y ya iba a retirarse, cuando apareció Maisie, con una bandeja en las manos.

— Su refresco, señora — anunció la muchacha impasiblemente.

Winifred se puso en pie y tomó el vaso alto que había sobre la bandeja.

— Es una lástima — dijo —. De haberlo sabido, habría encargado otro para usted, señor Sharr.

— No tiene ninguna importancia. Adiós, señora.

Maisie no le miró siquiera. Alec giró sobre sus talones y se alejó.

Apenas había caminado una docena de pasos, se encontró con Küss.

El gigante le dirigió una mirada llena de hostilidad. Alec hizo caso omiso de su actitud y procuró ser amable.

— Señor Küss, estoy buscando al señor Yeshnan — manifestó—. ¿Podría usted indicarme dónde se encuentra en este momento?

— En la Tierra —contestó Küss escuetamente.

— ¿Sabe cuándo vendrá?

— Nunca acostumbro a hacer preguntas a mis jefes; es un hábito que he desterrado hace muchos años.

— Sensato modo de comportarse. ¿Qué me dice de mi hermano, Ned Sharr?

Küss le miró de un modo extraño.

Entonces Alec se percató de un detalle.

Küss ya no llevaba las gafas de gruesos cristales que le había visto dos días antes. ¿Acaso no era el miope que parecía?

— ¿Ned Sharr? —repitió Küss—. Estará ocupado en su trabajo...

— Sí, pero ¿dónde y en qué trabaja?

— Tiene un puesto aquí, eso es todo. ¡Adiós!

El gigante se marchó con brusquedad, dejando a Alec lleno de perplejidad y también de rabia.

— ¿Nadie me va a decir aquí el paradero de Ned? — masculló furiosamente.

* * *

Estaba dormido, pero se despertó al oír unos golpecitos en el ventanal de su dormitorio.

Asombrado, se sentó en el lecho. Miró hacia la ventana y divisó una silueta conocida.

Inmediatamente, saltó de la cama y se puso una bata. Corrió a abrir la puerta.

Maisie penetró rápidamente y cerró a sus espaldas. Tenía el rostro ligeramente encendido y su respiración era acezante.

— ¿Qué sucede? —preguntó él, alarmado.

— Quiero darle un consejo —contestó Maisie—, Oí todo lo que habló esta mañana con W. H., señor Sharr. Yo estaba escondida tras un árbol...

Alec sonrió irónicamente.

— ¿Tiene el vicio de escuchar a través de las puertas? —dijo—. Aunque, en el presente caso, la frase sea más bien metafórica...

— Déjese de ironías —exclamó Maisie con acento enojado —. La cosa es más seria de lo que parece.

— Está bien, adelante con el consejo. ¿Acaso «La Losa» es una cueva de bandidos?

— No podría asegurarlo..., pero sí le diré que le conviene ser

discreto, de una discreción absoluta — recalcó la muchacha —. No hable demasiado con las gentes de «La Losa», no indague, no haga preguntas... Limítese estrictamente a su propio trabajo, que, por otra parte, no es fatigoso. ¿Me ha entendido?

— Tan sólo fragmentariamente — respondió Alec—. Ya sé que no debo hacer preguntas y que las gentes de este asteroide no son muy inclinadas a dar respuestas, pero, aun así, hay puntos que me interesan aclarar.

— Ninguno —dijo Maisie con vehemencia.

— ¿Ninguno? ¿Y mi hermano? Hace días que no le veo...

— Estará en su trabajo.

— Lo mismo me dijo Annie — contestó Alec, un tanto irritado —. ¿Y la cicatriz? ¿Por qué en la Tierra tenía la barbilla lisa y aquí le vi con la cicatriz? ¿Es que acaso se trataba de un doble de Ned el tipo con quien hablé allá abajo?

— No podría asegurárselo — respondió Maisie —. La realidad es que he tenido muy poco trato con Ned... en general, como con los demás hombres de «La Losa». Pero le recomiendo la discreción. Hágame caso, Alec — insistió ella.

— Seguiré su consejo, hasta cierto punto —dijo él, no de muy buena gana —. ¿Es cierto que evacuaron a Fernández?

— Supongo que sí. Ya no me ocupé más de él. ¿Acaso le importa ese individuo?

— Un poco —contestó Alec evasivamente—. Oiga, ¿qué me dice del sujeto que volaba solo hace dos noches por el espacio y que pereció al estallar sus propulsores individuales?

Maisie le miró con ojos muy abiertos.

— No he oído nada al respecto —repuso.

— La cosa es un tanto extraña. ¿No le parece que las patrullas orbitales de la policía deberían haber venido a investigar ese accidente? Yo no he visto ninguna nave policial...

— Tal vez llegaron cuando usted dormía, Alec.

— Es posible. De todas formas, opino que siguen ocurriendo muchas cosas raras en este asteroide. ¿Qué me dice de su ama, la señora Hallestar?

Maisie enarcó las cejas.

— ¿Por qué me hace esa pregunta?

— Bueno, sé que el doctor Bocksley la trata..., aunque ignoro si está enferma o qué. Cuando hablé con ella, la encontré como fatigada, ajada..., incluso aviejada. Y es una mujer muy hermosa y a sus cuarenta años no debe tener ese aspecto.

Ella asintió.

— Algo hay de eso, aunque yo no sabría contestarle positivamente —dijo—. No es la primera vez que la veo en tal estado, si bien es cierto que no acostumbra a tener tan pésima apariencia. Pero las mujeres, ya sabe...

— Sí, cosas internas —rezongó Alec—. Está bien, Maisie; seguiré sus consejos... Una pregunta más, por favor.

— Hable — indicó la muchacha.

— Me refiero a Küss, ese perro de presa que merodea continuamente en torno al jardín. ¿Es miope?

— A veces usa gafas —respondió Maisie—, Sin embargo, nunca le pregunté nada al respecto, Alec.

— ¡Hum! A mí me pareció de una miopía tal, que no puede quitarse las gafas ni para dormir. De lo contrario, vería sus sueños muy confusamente.

Maisie sonrió. La frase le había hecho cierta gracia.

— No es un detalle que me haya preocupado especialmente — declaró —. Sobre todo, si se tiene en cuenta que no es un tipo simpático y que yo procuro cuidarme solamente de atender a la señora Hallestar. Bien, Alec, le dejo. Recuerde lo que le he dicho, por favor.

— No lo olvidaré, Maisie — contestó él.

Maisie abrió la puerta. Miró a ambos lados y, tras dirigir al joven un gesto amistoso con la mano, echó a correr, desapareciendo en la oscuridad a los pocos segundos.

Durante el período nocturno, las luces del satélite se apagaban en su casi totalidad. De este modo, sus habitantes no perdían la sensación de la noche y el día, que en aquel asteroide, encarado constantemente hacia la Tierra, no existían.

Alec se tendió de nuevo en el lecho, lleno de preocupaciones. Debía seguir los consejos de Maisie. Pero ¿por qué Ned no daba señales de vida?

Al final, volvió a dormirse. Sin embargo, un par de horas más tarde, ya estaba de nuevo despierto.

Esta vez, se dijo, hablaría con Ned. No preguntaría a nadie más, pero, a fin de cuentas, ¿no era su hermano? Siempre habían estado muy unidos, hasta los veinte años, en que sus vidas tomaron rumbos distintos. Nunca tuvieron secretos el uno para el otro... y Alec estimaba que ahora todo seguiría lo mismo.

La habitación de Ned estaba vacía.

Alec permaneció unos momentos en el umbral.

Encontraba algo raro en la decoración de aquella estancia. Allí faltaba algo...

Era cierto. Sólo había tres lechos, con sus ropas correspondientes, pero nada más. Ni una silla, ni un armario o un lavabo, ni un perchero ni una mesita de noche. Absolutamente nada más que las camas.

Alec se dijo que, ni aunque fuese un cuarto dedicado exclusivamente al descanso tras el trabajo y no un alojamiento, parecía ilógica tal escasez de mobiliario. Una silla, por lo menos, una lámpara de pared...

Nada, las camas y una lámpara en el centro del techo. Era todo cuanto había en la estancia.

Súbitamente, oyó el ruido de una puerta que se abría a corta distancia.

Giró en redondo y cerró, pero no del todo, dejando una estrecha rendija, que le permitiera atisbar un buen trozo del pasillo. Segundos después, vio pasar a un hombre enfundado en una bata blanca.

Era un sujeto de unos cincuenta años, más bajo que él, con cuerpo en el que se advertía una cierta tendencia a la obesidad, parcialmente calvo y con una pirámide invertida de pelo negro en el vértice del mentón, que pretendía ser una barbita.

Alec adivinó que se trataba del doctor Bocksley. El galeno llevaba en la mano una caja plana y alargada, no demasiado grande, y Alec calculó que debía de contener los elementos necesarios para propinar inyecciones de algún medicamento.

Lo que más le llamó su atención fueron las manos del doctor Bocksley. Eran unas manos alargadas, finas, delicadas, sensitivas, casi femeninas en su blancura marmórea, como manos de un pianista o un pintor, pero no las que debieran corresponder a un sujeto de su complexión.

— O tal vez manos de un hábil cirujano —musitó.

Cuando los pasos del doctor Bocksley se hubieron apagado, Alec salió al pasillo.

Estaba solo. Una tentación vivísima le asaltó en aquel instante.

¿Por qué no ver lo que había detrás de la puerta que daba al «Cuarto de Barba Azul»?

Así lo había denominado el día de su llegada. ¿Merecía aquel nombre el laboratorio del doctor Bocksley?

VI

Cautelosamente, apoyó la mano en el pomo y lo hizo girar.

— Como haya un sistema de alarma... —murmuró, repentinamente aprensivo.

Pero no sonó ningún timbre cuando empujó la puerta. Asomó la cabeza y, al instante, sintió que le daba en la cara una vaharada de aire tórrido, con olor a medicinas.

Dominó sus aprensiones, cruzó el umbral y cerró a sus espaldas

Durante unos minutos, permaneció quieto, contemplando con ojos absortos el increíble espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Incluso llegó a olvidarse de los olores nada agradables que se percibían en aquel cálido ambiente.

El silencio no era total. Algo hacía ruido, aunque muy tenue. Era como un levísimo «tran-trán» de alguna extraña maquinaria, tal vez oculta tras el sinnúmero de aparatos de toda clase que tenía ante sí y que atestaban prácticamente la vasta extensión del laboratorio.

Pero lo que más llamó su atención fue tres enormes artefactos, de forma cilíndrica y posición horizontal, que se hallaban en el centro de la estancia.

La mitad superior de cada cilindro era transparente, de cristal o alguna sustancia parecida. El resto, la mitad inferior, era de metal, absolutamente liso, sin otras protuberancias que cuatro sólidas patas que formaban el sistema de sustentación, manteniendo al cilindro a unos cincuenta centímetros del pavimento.

La longitud de cada cilindro era de unos dos metros y medio, por casi dos de diámetro. En el que tenía más cercano y sobre la división que separaba el vidrio del metal, divisó el cuerpo yacente de un individuo joven y de buena presencia física.

El hombre parecía dormido. Sus brazos estaban tendidos a lo largo de los costados y su pecho se alzaba y descendía rítmicamente, aunque cada movimiento respiratorio era muy lento y espaciado del anterior.

Numerosos cables de color negro y apenas más gruesos que un cabello humano salían de la parte inferior e iban a insertarse en todas las regiones de su cuerpo. Alec supuso que terminaban en finísimas agujas, que ningún mal podían causar al paciente.

Se acercó al cilindro, animado por una vaga esperanza. La perdió bien pronto.

Aquel hombre no era Ned.

Luego posó su vista sobre el segundo cilindro, situado en el

centro, a la derecha del anterior, según la posición del paciente.

Se estremeció. ¿Qué era aquello?

Parecía carne humana. Y tenía la silueta y el grosor del cuerpo de un hombre.

Sin embargo, sus rasgos no estaban totalmente definidos. Los brazos estaban parcialmente unidos al cuerpo y no había separación entre las piernas, aunque había una raya longitudinal que insinuaba los relieves correspondientes.

En cuanto a la cara, faltaban los ojos, la nariz y la boca, pero también se veían sus relieves parcialmente, lo mismo que las orejas, pegadas por completo a la piel del cráneo. Apenas tenía pelo y los arcos superciliares aparecían desnudos de vello.

Como en el primer cilindro, infinidad de cables salían de la parte inferior, opaca, y se hundían en la carne. En cambio, aquel esbozo de ser humano no respiraba.

Lo que había en el tercer cilindro era aún más horrible.

Sólo se veía una especie de bulto alargado, de color levemente rosado, de un metro y ochenta centímetros de largo y del grosor, en su parte central, de un cuerpo humano. Pero no había en aquella espantosa cosa el menor rasgo que indicase pertenecía a un hombre.

Alec sintió un escalofrío de terror.

¿Qué diabólicos experimentos realizaba el doctor Bocksley?

Empezó a pensar en la conveniencia de abandonar el laboratorio. De pronto, su vista recayó sobre el ocupante del cilindro central.

Entonces vio algo horripilante. Con infinita lentitud, se formaron dos grietas en la parte superior del rostro, debajo de las cejas. Las grietas se ensancharon un poco y dejaron ver debajo el tenue brillo de unas pupilas todavía sin vida.

Alec retrocedió un paso.

Acababa de comprender el sentido de aquellos experimentos. Bocksley estaba multiplicando el cuerpo del paciente..., convirtiéndolo en un hombre triple..., en un ser humano repetido tres veces.

Sintió que la frente se le llenaba de sudor. ¿Le había pasado a Ned lo mismo?

¿Cuál de los dos Ned con quienes había hablado era su hermano auténtico? Aún más: ¿no cabía la posibilidad de que existiera un tercer Ned?

Espantado, abrió la puerta y se precipitó fuera del laboratorio.

Tropezó con Nelson. El gigante lanzó un gruñido de cólera.

Alec estaba loco de miedo, pero, al mismo tiempo, se sintió

también invadido por una ira insuperable. Antes de que Nelson pudiera aprestarse a la defensa, disparó su puño derecho y le golpeó en la mandíbula con todas sus fuerzas.

Nelson cayó fulminado.

Alec le miró, lleno de asombro. Había esperado solamente que su golpe hiciera vacilar al gigante un poco, lo suficiente para poder escapar, pero nunca que produjera unos efectos tales.

El guardián permanecía completamente inmóvil. Alec se inclinó sobre él y le tomó el pulso.

— Aún vive — se dijo, satisfecho en cierto modo, aunque preocupado por lo que Nelson podría decir más tarde.

No desaprovechó la ocasión. Si le decían algo, ya encontraría una excusa. Dio un cuarto de vuelta y echó a correr.

A la hora del desayuno, oyó ciertos comentarios cerca de su mesa que llamaron especialmente su atención.

— Ese pobre Nelson...

— Estaba muy blando últimamente.

— Tenía que ocurrirle. No había dado resultado.

— El doctor Bocksley se tirará de los pelos.

— Que no sean de los de su barbita —dijo un humorista.

Sonaron algunas risas, que a Alec parecieron sumamente extrañas en un ambiente de tanta seriedad. Procuró mantener la compostura, aunque, interiormente, se sentía sumamente nervioso.

No le agradaba la idea de haber dado muerte a un ser humano. Pero había sido una cosa accidental... y todos parecían aceptarlo así.

Mejor callar, se dijo. Nadie debía saber que había entrado en el laboratorio. Lo sentía por el pobre Nelson..., aunque tenía la impresión de que el gigante no hubiese tenido compasión de él, de no haber sido sorprendido por su reacción tan súbita como imprevista.

El resto del día, Alec observó puntualmente los consejos de Maisie. Le costó mucho dominar su nerviosismo; continuamente pensaba en Ned... y en la posible existencia de dos sujetos enteramente análogos a su hermano.

Pero, si quería averiguar toda la verdad, debía comportarse con absoluta discreción, con una total prudencia. Era preciso ser astuto; actuar como un toro furioso en una cacharrería no beneficiaría a ninguno de los dos hermanos.

Al día siguiente, mediada la mañana, sonó el zumbador de su visófono.

Atendió la llamada. Era de Maisie.

— Señor Sharr —dijo la doncella con voz impersonal —, la señora Hallestar le espera en su residencia.

— Bien, iré ahora mismo — contestó Alec, contento de haber visto en la pantalla la cara de la muchacha.

Minutos más tarde, llegaba a la entrada del jardín. Küss debía de estar advertido, porque no opuso la menor resistencia a su paso.

Alec le dirigió una mirada casi insolente. Ahora Küss llevaba puestas las gafas.

Y no había la menor duda; eran cristales gordísimos, de fondo de vaso, lo que indicaba la existencia de una aguda miopía.

«¿Habrán triplicado también a este Sansón.», se preguntó.

Maisie le recibió a la entrada de la mansión que, si de una cierta modestia en su apariencia, rezumaba lujo por todos los rincones. No obstante, era un lujo que no hería; sin duda, había sido decorada por un artista de tanta fama como buen gusto.

Maisie le condujo a una enorme sala, una de cuyas paredes era enteramente transparente y permitía una visión casi total del planeta. Los muebles parecían no existir, tan espaciados se hallaban; pero, al mismo tiempo, colocados en un orden de una armonía y un encanto realmente singulares.

Había también un gran piano de cola. Sobre la tapa, Alec divisó un retrato de buen tamaño.

Se acercó al piano y contempló el retrato. Era el de una dama de singular belleza, en su espléndida madurez, sumamente parecida a Winifred Hallestar, vestida según la moda de unos treinta años antes.

Había a su lado una niña de diez o doce años, aproximadamente, cuyo parecido con la dama era innegable. Alec supuso que se trataba de Winifred y de su madre.

Los colores eran enteramente naturales y el fotógrafo había captado los menores detalles con pasmosa realidad. El tamaño del retrato alcanzaba casi al medio metro.

De pronto, Alec observó algo raro y discordante en las imágenes. Sin embargo, no tuvo tiempo de estudiar a fondo aquella aparente discordancia.

— ¿Le gusta la fotografía, señor Sharr?

Alec se volvió en redondo.

Winifred estaba frente a él, radiante de belleza, vestida con una sencillez que no excluía en absoluto la elegancia.

Se quedó perplejo. Todas las señales de fatiga y cansancio habían desaparecido del rostro de la mujer, que no parecía haber cumplido siquiera los treinta años.

¿Seguía algún tratamiento rejuvenecedor?, se preguntó.

Carraspeó ligeramente, a fin de ocultar su turbación, y dijo:

— Estaba diciéndome que es usted digna heredera, en lo físico, de su madre, señora Hallestar. Es de suponer que haya heredado también sus cualidades morales.

Winifred exhaló una argentina carcajada.

— ¡Es usted un adulador! —exclamó—. Sí, en efecto, todos dicen que me parezco mucho a mi madre. Fue una mujer hermosísima, señor Sharr.

— ¿Debo deducir de sus palabras que ha muerto, señora? —dijo Alec.

— Hace algunos años, ciertamente.

— Créame que lo siento, señora.

— Muchas gracias, señor Sharr. Pero hablemos de los motivos de mi llamada. Estoy invitada a una fiesta mañana, en la Tierra.

— Sí, señora.

— Detesto esta clase de invitaciones; últimamente me he vuelto un poco..., digamos, antisocial; pero hay ocasiones en que las circunstancias mandan y resulta imposible rechazar la invitación.

— Desde luego — contestó Alec.

— Partiremos a las ocho en punto. Téngalo todo dispuesto para esa hora, señor Sharr.

— Sí, señora. Si me permite, le diré que no era necesario que me hiciera venir aquí... Oh, no es por la molestia que haya podido causarme, sino porque igual podía haberme transmitido la orden por visófono.

Winifred sonrió.

— Tiene usted razón, señor Sharr —contestó—, pero es que deseaba hacerle una petición y me pareció más oportuno formulársela en persona.

— Usted dirá, señora.

— Su hermano Ned está indispuesto. Le aseguro que no es cosa de importancia, no hay motivos en absoluto de alarma, pero necesito que alguien me sirva de chófer. ¿Podría hacerlo usted, señor Sharr?

— Estoy a sus órdenes, señora.

— Muchas gracias, amigo mío; es usted muy gentil. — Le tendió una mano blanca, perfumada, de piel tersa y sin una sola imperfección—. A las ocho en punto, señor Sharr.

— Estaré dispuesto a esa hora —prometió Alec, inclinándose para besarle la mano.

Winifred quedó en el salón. Alec pasó al vestíbulo, donde Maisie

estaba junto a la puerta, que mantenía abierta con una mano.

— Adiós, señorita —dijo al pasar por su lado. Y, en voz baja, agregó — : Procure venir a verme esta misma noche.

Maisie asintió con un rápido pestañeo.

— Adiós, señor Sharr — contestó.

* * *

Alec fumó cigarrillo tras cigarrillo, consumido por

la impaciencia. Al fin, cuando ya creía que Maisie no acudiría a la cita, oyó un toque de nudillos en el cristal de la ventana de su dormitorio.

Momentos después, abría la puerta exterior. Maisie se coló silenciosamente y Alec cerró, sin encender la luz.

— Hola —dijo ella en voz baja—. Perdone mi tardanza, pero...

— No importa — sonrió Alec —. El caso es que haya venido, Maisie. Tenía ganas de hablar con usted.

— ¿Sólo me citó para conversar un rato? —dijo Maisie enojada.

— Cálmese, por favor —pidió el joven—. Mañana, es decir, luego ya, me iré a la Tierra y no sé cuántos días estaré ausente.

— La señora Hallestar no gusta de permanecer demasiado tiempo allá abajo —indicó ella.

— Mejor, por tanto. Maisie, abra bien los ojos; he visto algunas cosas, verdaderamente sorprendentes. ¿Se ha fijado en el aspecto tan espléndido que tenía hoy W. H.?

— Ciertamente, no se podía dejar de advertir. Ha mejorado su salud, eso es todo.

— ¡Hum! — dudó él —. ¿Qué me dice usted del tratamiento que le aplica el doctor Bocksley?

— Puede que haya influido, naturalmente; estuvo por la mañana en sus habitaciones...

— ¿Es un tratamiento rejuvenecedor? W. H. no parecía hoy tener ni siquiera treinta años.

Maisie se encogió de hombros.

— Lo siento; nunca he tenido ocasión de examinar ese medicamento, que, por otra parte, siendo preparado aquí, personalmente por él doctor Bocksley, es lógico que no lleve etiquetas ni indicaciones escritas, como sucede con las medicinas de venta pública.

—Un razonamiento muy apropiado —respondió Alec—. Bien, dejemos esto. ¿Qué sabe usted del laboratorio de Bocksley?

— Nada — aseguró Maisie.

— ¿De verdad?

Maisie se mordió los labios.

— No he estado nunca en su interior, si es a eso a lo que se refiere — declaró—. Sin embargo, a lo largo del tiempo que llevo aquí, he podido observar cosas raras...

— ¿Qué clase de cosas raras?

— Bueno, no sabría definirlo con exactitud. A veces, he visto a un hombre y a su hermano gemelo a los pocos momentos... Luego ese gemelo, o el primero, han desaparecido. Oficialmente, se ha dicho que estaban en la Tierra...

— Maisie, no hay tales hermanos gemelos, al menos como usted lo cree —aseguró él solemnemente.

La muchacha le dirigió una mirada incrédula.

— Alec, por favor, hable claro — pidió.

—¿Tiene Küss un hermano gemelo? —preguntó Alec.

— Sí. Uno usa gafas y el otro no.

— Maisie, me gustaría saber dónde está el tercer Orrin Küss. ¿Sabe lo que hay en el laboratorio?

Ella guardó silencio, esperando a que Alec continuase hablando.

—Bocksley triplica a las personas —dijo el joven con gran énfasis.

—¡Cielos! —Maisie pareció quedarse sin respiración.

— Así es, y no cabe la menor duda. Yo mismo he tenido ocasión de comprobarlo.

—¿Ha entrado en el laboratorio?

— Sí. Buscaba a Ned... y vi que Bocksley salía. Intenté la aventura y me salió bien, eso es todo.

Y, a continuación, le hizo un sucinto relato de cuanto había divisado en el extraño laboratorio, donde el doctor Bocksley multiplicaba los seres humanos, «fabricando» otros de características físicas enteramente idénticas.

— Y también les infunde una vida psíquica —añadió —. No me pregunte cómo consigue esto, porque no sabría explicártelo, pero uno de los dos Ned con quienes me encontré era un Ned artificial... y me habló y me trató como si fuese el auténtico.

Ella le miró horrorizada.

— Eso significa que... cada ser humano multiplicado artificialmente posee un cerebro, con unos conocimientos y recuerdos y sensaciones psíquicas idénticas a las de su... «modelo».

— Justamente, pero en el caso de mi hermano hubo un pequeño fallo: la cicatriz. El artificial no la tenía.

— O quizá su hermano se la quitó, después de haber sido triplicado —alegó Maisie—. Entonces la «copia» con quien usted habló no sabía que el «original» se había quitado la cicatriz y siguió

con ella.

— Pudiera ser — admitió Alec —. Pero ¿qué hay del tercer ejemplar?

— Quizás era el que usted vio dormido — alegó Maisie.

— Posiblemente, pero también cabe que sólo se repitiera una sola vez. Aunque esto es menos factible; ignoro los motivos, pero todos los esfuerzos de Bocksley están encaminados a triplicar a las personas. Al menos, si se juzga por las instalaciones del laboratorio.

— Sí, desde luego. Y yo me pregunto: ¿con qué objeto? — dijo Maisie.

— Supongo que no será para acelerar el proceso de crecimiento de la población del globo —dijo Alec zumbonamente—. En serio, Maisie: me preocupa la suerte de mi hermano.

Ella le miró con simpatía.

— Trataré de averiguar algo, discretamente, por supuesto, mientras usted está allá abajo — prometió.

— Gracias, Maisie. Yo, por mi parte, haré todo lo que pueda. Me alegro que haya venido.

— Creí prudente hacerlo. — De pronto, Maisie frunció el ceño —. Alec, W. H. debe de conocer los experimentos que realiza Bocksley, puesto que es ella quien los finanza, indudablemente.

— Sí, parece lógico — admitió el joven.

— En tal caso, ¿qué pretende ella?

Hubo un momento de silencio. Luego Alec dijo:

— Maisie, lo que hacen no es delictivo en sí, mientras no causen daños a otros. Pero resulta extraño que lo lleven todo tan secretamente.

— Eso es cierto, Alec. Sin embargo, no es cosa que se pueda realizar de una manera declaradamente pública, al menos, hasta que haya una total seguridad en el proceso de... multiplicidad de los seres humanos.

Alec se acordó de los comentarios escuchados en el comedor respecto a Nelson.

— Sí, algo debe de haber al respecto —convino—. El proceso no está totalmente terminado. Algo falla, pese a que los seres reproducidos tienen una asombrosa semejanza con sus originales.

Miró a la joven en la penumbra y sonrió.

— No me gustaría tener un doble — dijo.

— Tampoco a mí — se estremeció Maisie—. ¡ Sería horrible!

— Confiemos en no visitar el laboratorio en calidad de «originales», Maisie.

— Yo no iría allí ni a rastras — aseguró ella enfáticamente.

Luego añadió —: Tengo que irme. Adiós, Alec.

— Adiós... y gracias por haber venido. Maisie.

VII

Johnny Cawner caminaba presurosamente por la calle. Tenía la sensación de que alguien lo seguía.

De cuando en cuando, volvía la cabeza. Sin embargo, no veía a nadie sospechoso entre la multitud que pululaba por la acera.

Al cabo de unos minutos de rápida andadura, dobló una esquina y se metió por una calle secundaria. Cincuenta metros más allá, alcanzó su casa.

Cawner se sintió a salvo. Entró en el portal y subió los escalones de dos en dos.

Cawner se detuvo a la altura del segundo piso. Sacó una llave y la insertó en la cerradura.

Pero no tuvo tiempo de abrir; alguien lo hizo desde el interior.

Cawner lanzó un chillido convulsivo. Una vecina oyó el grito y corrió hacia la puerta de su casa.

El hombre del bigote disparó tres veces contra el estómago de Cawner, haciéndole girar en redondo sobre sí mismo y caer de bruces. Todavía disparó una vez más, dirigiendo la bala a la nuca del caído.

La vecina había abierto la puerta, pero retrocedió

en el acto, aterrada al ver una escena tan horrible. «Bigotes» no se molestó en atacarla y descendió tranquilamente la escalera.

Aquella misma noche, dos agentes de policía arrestaron a Buthem, bajo la acusación de asesinato premeditado.

«Bigotes» lo negó con energía y presentó una coartada, que el fiscal estimó falsa. Pero tuvo que rendirse a la evidencia, cuando un testigo, de cuya palabra no se podía dudar, aseguró que Buthem se hallaba muy lejos del lugar del crimen en el momento de cometerse éste.

El testigo era un sargento de la policía, Danny Owen, encargado de la vigilancia de Buthem desde a muerte de Muggs. Owen era un hombre honesto y capaz y sus manifestaciones no podían ponerse en tela de juicio.

Buthem, por tanto, fue puesto en libertad. Al sargento Owen, sin embargo, le extrañaba sobremanera la repetición de un hecho tan similar al anterior.

— Aquí sucede algo raro—se dijo.

Además de inteligente y capaz, poseía una virtud sumamente apreciable en un hombre de su oficio: la tenacidad. El sargento Owen estaba convencido de que ocurría algo nada claro y se

propuso desentrañar el misterio.

Lenta y metódicamente, empezó una labor de cerco en torno a Mack Buthem, ayudado por dos agentes, fieles colaboradores suyos, a quienes encargó que ni uno solo de los pasos del hampón debía pasarles inadvertido.

Mientras tanto, el cohete en que viajaban Alec y la señora Hallestar llegaba a la Tierra.

Winifred disponía de un automóvil, guardado en un garaje del astropuerto. Un mozo llevó los equipajes y, cuando estuvieron colocados, Alec se hizo cargo del vehículo.

La mansión donde Winifred residía, durante sus estancias en el planeta, era un auténtico palacio. Alec se quedó mudo de asombro ante aquel derroche de lujo que, sin embargo, estimó algo anticuado.

«Debe de ser la mansión de sus padres», pensó.

Una doncella ya madura, más bien un ama de llaves, salió a recibirles. Dio la bienvenida a Winifred y miró al joven con curiosidad.

— Edna — dijo Winifred —, éste es Alec Sharr, mi piloto particular y también mi chófer, durante la ausencia de Ned.

— Sí, señora —contestó el ama de llaves.

— Usted le indicará su alojamiento, Edna. ¿Tengo preparado el baño?

— Sí, señora; todo está listo.

Winifred se volvió hacia el joven.

— Alec, hoy descansaré en casa. La fiesta es mañana, así que hoy tiene el día libre para dirigirse a donde quiera. Supongo —añadió con hechicera sonrisa— que después de tantos días de aislamiento allá arriba, un hombre joven como usted deseará divertirse.

— No he padecido tanto en «La Losa», señora — contestó Alec amablemente.

Ella le dirigió una ligera inclinación de cabeza y se marchó, seguida por Edna. El ama de llaves, sin embargo, volvió a poco.

— Venga, le indicaré su dormitorio —dijo Edna.

Alec siguió a la mujer hasta el segundo piso, donde se alojaba la servidumbre. Edna abrió la puerta y se echó a un lado.

— Aquí es —dijo.

— Muchas gracias, señora — contestó Alec —. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Edna le miró desconfiadamente.

— Si no es indiscreta... —repuso.

— Se trata de mi hermano. La señora Hallestar me dijo que estaba indispuesto; por eso le sustituyo yo en su puesto de chófer.

— Sí, es cierto. El médico le aconsejó una temporada de descanso en el campo. Los nervios, creo.

Alec enarcó las cejas.

— Es curioso. Mi hermano fue siempre un sujeto ponderado y equilibrado. Nunca supe que padeciera de una enfermedad semejante.

— Lo siento, es todo lo que puedo decirle —respondió Edna.

Y se marchó, sin añadir una sola palabra más.

Alec deshizo el equipaje, lleno de preocupaciones.

Temía por la suerte de su hermano. Pero, en tal caso, ¿era una asesina la hermosa Winifred Hallestar?

Registró la habitación cuidadosamente. Parecía lógico que le hubiesen dado el mismo alojamiento que a Ned, pero no consiguió encontrar nada referente a su hermano.

Por la tarde, una vez aseado, aprovechó el permiso que le había concedido Winifred y salió a la calle. A la hora de la cena, casualmente, se tropezó en un restaurante con Martin Rayston.

Los dos hombres se saludaron efusivamente. Rayston preguntó a Alec por su empleo y el joven contestó que no podía quejarse.

Deliberadamente, eludió toda alusión al tema que tanto le preocupaba. Por el momento, sin embargo, no quería hacerlo público.

Cenaron con buen apetito. Cuando estaban terminando, un hombre pasó por su lado.

Alec le reconoció, aunque sin recordar su nombre. Rayston, sin embargo, le hizo volver la memoria.

— Hola, profesor Quoll —saludó.

— Hola, Rayston — respondió el científico efusivamente—. ¿Cómo se encuentra? Hace mucho tiempo que no nos veíamos, ¿verdad?

— Hombre, tanto como eso... Menos de dos semanas, profesor.

— ¿Dos semanas? —Quoll parecía asombrado—. Ah, sí, ahora lo recuerdo. Fue en este mismo restaurante, creo, ¿no es así?

—En efecto, profesor. Usted estaba citado con unos amigos... Pero ¿por qué no se sienta con nosotros?

— Le agradezco la invitación, Rayston; tengo un poco de prisa. Hasta la vista.

Quoll se marchó con paso presuroso, mientras Rayston se sentaba de nuevo, sumido en la perplejidad.

— Este tipo... —masculló—. No sé, le encuentro un poco raro...

Alec removió el café de su taza con la cucharilla.

— Martin, cuando le vea la próxima vez, pregúntele si ha estado en «La Losa» —dijo.

— ¿En el asteroide de W. H.? —exclamó Rayston, atónito.

— Sí, allí mismo.

— Pero ¿por qué? ¿Qué tiene que ver el asteroide con...?

— Hágale esa pregunta, Martin, se lo aconsejo — insistió Alec—. Quizás un día pueda explicarle por qué le digo esto.

— Bueno, si tanto empeño tienes... ¡Hola, Danny! — exclamó el periodista súbitamente.

Un hombre se acercó a la mesa. Era bajo, fornido, de cejas espesas y ojos penetrantes.

— Hola, Martin —saludó el sargento Owen, con una sombra de preocupación en el rostro duro y enérgico.

— Siéntate con nosotros, Danny —invitó Rayston—. Mira, te presento a un buen amigo mío, Alec Sharr. Alec, el sargento Owen, de Homicidios.

Los dos hombres se saludaron correctamente. Owen se sentó y un camarero le sirvió una taza de café.

— Te veo preocupado, Danny —observó el periodista—. ¿Es a causa de Mack Buthem?

— Tú lo has dicho, Martin — contestó el policía —. Ese hombre ha cometido dos asesinatos...

— Pero demostró la coartada sin lugar a dudas — alegó Rayston —. Danny, en la muerte de Cawner, tú mismo probaste que estaba a varios kilómetros de distancia.

— Sí, es cierto admitió Owen—. Le estaba vigilando, con relación al crimen anterior. —Sorbió el café de un trago—. No sé, en estos dos sucesos hay algo raro que no logro entender.

Permítame la intervención, sargento —dijo Alec —. ¿Hubo testigos en los asesinatos?

— Sí, y en ninguno de ambos casos cabe dudar de sus declaraciones. El hombre a quienes ellos vieron cometer los asesinatos era Buthem, sin duda alguna. Pero, al mismo tiempo, las declaraciones de quienes probaron su coartada parecen irrefutables, sobre todo en el primer caso, ya que en el segundo yo tenía a Buthem delante de mis propios ojos.

—¿Y no cabe la posibilidad de que ese tal Buthem haya empleado un doble?

—¿Un doble? repitió Rayston interesadamente.

— Sí, —insistió Alec—. Un doble... para cometer los asesinatos o bien para probar su coartada

Owen se acarició la mandíbula con gesto pensativo,

— Sera cosa de investigar en esa dirección — manifestó—. Pero el aspecto fisonómico y la corpulencia de Buthem no dan muchas facilidades para el empleo de un doble.

— Tal vez se trata de un hermano gemelo — apuntó Alec.

— Que yo sepa, Buthem no ha tenido jamás un hermano — aseguró el policía —. De todas formas, le agradezco el consejo, señor Sharr.

— Le daré otro, sargento —dijo Alec—. Procure hablar con Buthem. Entonces pregúntele si ha estado alguna vez en «La Losa».

Rayston miró a Alec con cara de sorpresa.

— Muchacho, antes me has dicho algo similar acerca del profesor Quoll—declaró—. ¿Qué diablos sucede allá arriba? ¿No es un satélite de recreo de la señora Hallestar?

— Así es, pero también se realizan experimentos científicos.

— ¿Qué clase de experimentos? —preguntó Owen, intrigado.

Alec hizo una corta pausa. Luego contestó:

— Lo diré únicamente, si me prometen guardar silencio. Todavía no..., no sé nada con absoluta certeza y, si se divulgase, podría peligrar la vida de mi hermano..., si es que Ned no ha muerto ya.

Rayston frunció el ceño. En cuanto al policía, le escuchaba con silenciosa atención.

— Alec, ¿qué le ha sucedido a tu hermano? — quiso saber el periodista.

— No lo sé —contestó Alec—, pero no me siento muy tranquilo acerca de su suerte. En cuanto al profesor Quoll y a Buthem..., si resulta cierto que han estado en «La Losa», cabe que tengan cada uno dos hermanos gemelos artificiales.

Owen saltó en su asiento.

— ¡Rayos! ¡Qué insensatez! —barbotó.

Alec sonrió tristemente.

— Sí, ya sé que les suena a fantástico, pero está más cerca de la realidad de lo que ustedes mismos puedan creer. Y hablo así, porque tengo motivos fundados para ello.

Rayston le miraba con la boca abierta de par en par.

— Alec —dijo al cabo—, ¿quieres decirnos que allá arriba hay alguien que se entretiene en reproducir a las personas?

— Multiplicar sería la palabra más acertada — contestó el joven.

VIII

Winifred Hallestar aparecía radiante de belleza cuando salió de sus habitaciones para dirigirse a la fiesta a la que había sido invitada.

Desempeñando impasiblemente su papel, Alec aguardó a pie firme junto al automóvil. Winifred descendió lentamente la escalinata que daba al espacioso parque que rodeaba la mansión y le dirigió una encantadora sonrisa.

— No sé cómo darle las gracias por este favor, Alec — dijo—. La verdad, yo he sido siempre la negación absoluta en cuanto se refiere a la mecánica; jamás he sabido conducir un automóvil y por esa razón...

— La señora no tiene por qué excusarse — contestó Alec—. Soy su empleado, eso es todo.

— Muchas gracias, Alec. Edna le dio ya la dirección, ¿no es cierto?

— Sí, señora.

Winifred se acomodó en el asiento posterior. Alec cerró la portezuela, se acomodó en su puesto y dio media vuelta a la llave de contacto.

Sobre el tablero de mandos, había un disco con dos circunferencias, una con letras y la otra con cifras. El disco era semejante al usado en los teléfonos antiguos y servía para marcar el distintivo del vehículo.

Sólo entonces podía ponerse verdaderamente en funcionamiento el automóvil. El mecanismo emitía una señal de radio, que era registrada automáticamente en un satélite de órbita de veinticuatro horas. Captada e identificada la señal, también de modo automático, la central de energía del satélite enviaba un invisible pero efectivo hilo de fuerza, que servía para mover el automóvil hasta velocidades de doscientos cincuenta kilómetros a la hora.

En suma, era una especie de tranvía personal, pero en donde el trole había sido sustituido por la energía irradiada desde el satélite. Ciertamente, cada automóvil disponía de un registrador del consumo, que servía más adelante para que el propietario abonase el importe de la energía suministrada.

Ello aparte, cada automóvil tenía un pequeño motor eléctrico auxiliar, útil para pequeñas maniobras de estacionamiento y también para casos de emergencia. Era un medio cómodo y barato de transporte, además de silencioso.

Alec guió el automóvil con destreza a través del espeso tránsito. Media hora después, detenía el vehículo ante una mansión brillantemente iluminada.

Los anfitriones salieron a recibir a la invitada. Alec, en su papel, se mantuvo rígido junto al coche.

Después de los primeros saludos, Winifred se volvió hacia el joven.

— Alec, por ahora queda libre. Bastará con que venga a esperarme a eso de las dos de la madrugada.

— Bien, señora.

Winifred se alejó con sus anfitriones. Alec oyó a la dueña de la casa.

— Tienes un chófer verdaderamente apuesto. ¿De dónde lo has sacado?

El anfitrión soltó una alegre carcajada.

— Lo interesante no es la postura del chófer, sino que Winnie tiene chófer. ¡Y esos lujos no se los puede pagar hoy en día todo el mundo!

Alec ocultó una sonrisa. Luego se sentó tras el puesto de mando y consultó su reloj.

Eran las ocho y media de la noche. Hasta las dos de la mañana tenía más de cinco horas enteramente a su disposición.

¿Qué hacer?

Pronto encontró una solución al problema. El automóvil estaba conectado a la red radiante de energía, así que no tuvo que hacer más que soltar el freno de mano y pisar el acelerador.

Media hora más tarde, detenía el vehículo en las inmediaciones de la residencia de Winifred.

Prudentemente, no quiso dejarlo en la puerta de la casa. Era preciso que nadie supiera que había vuelto mientras la señora Hallestar permanecía en la fiesta.

Aguardó un buen rato. Además de Edna, había en la casa una cocinera y una doncella. En modo alguno quería que le viesen.

Pasadas las diez, se arriesgó a entrar, utilizando una de las ventanas del piso bajo. Atravesó un salón, cuyas luces estaban encendidas, y se dispuso a salir.

Entonces reparó en un detalle conocido: el piano de cola, idéntico al que había en «La Losa».

Sobre la tapa había otro retrato de la señora Hallestar y su hija Winifred. Alec lo contempló unos instantes, encontrando algo raro en las imágenes, que no acertaba a definir con exactitud.

Tras unos momentos de indecisión, abrió la puerta y asomó la

cabeza.

El vestíbulo estaba desierto. En silencio, corrió hacia la escalera que conducía al primer piso, que daba a las habitaciones de Winifred y sus posibles invitados. La servidumbre usaba otro acceso distinto.

Empezó a registrar cuarto tras cuarto. Una hora después, se detuvo, lleno de desánimo.

Allí no había nada que pudiera ayudarle en sus pesquisas. ¿Había perdido el tiempo?

Salió al corredor que daba directamente al vestíbulo. El silencio era absoluto.

Reflexionó unos minutos. Había tres mujeres en la casa en aquellos momentos, pero, en tiempos, la casa había tenido una servidumbre doble en número. Por tanto, en el piso superior, quedaban más habitaciones por registrar.

Dio la vuelta a la casa y entró por la escalera de servicio. Conocía cuáles eran los dormitorios ocupados, de modo que procuró evitarlos.

Media hora más tarde, encontró algo que le dio una pista.

Alec comprendió entonces que no ocupaba la habitación de su hermano, sino una distinta. El dormitorio de Ned era aquel en donde se encontraba en aquellos momentos.

El anillo que había bajo un sillón pertenecía a Ned. Tenía sus iniciales y, además, el emblema de la fraternidad universitaria a la que había pertenecido doce años antes.

No cabía la menor duda; Ned había estado allí... Pero ¿dónde se hallaba en aquellos momentos?

Siguió la búsqueda. Un cuarto de hora después, encontró, en el cajón de una mesilla de noche y casi totalmente oculto en una ranura de la madera, un trocito de papel.

Era indudable que Ned lo había dejado allí deliberadamente, como una pista. ¿Sospechaba que podía ocurrirle algo malo?

El papel contenía una dirección. Alec se la aprendió de memoria, como una medida de seguridad, a pesar de que guardó el trocito de papel, que no era otra cosa que la hoja arrancada de una agenda de notas.

Luego se dispuso a salir. Entonces oyó un ruidito procedente del exterior.

Se pegó junto a la puerta. Instantes después, alguien abrió desde el exterior.

La cabeza de una mujer asomó por el hueco. Era Edna, el ama

de llaves.

Alec tensó sus músculos. Cuando la mujer dio un paso en el interior del dormitorio, Alec disparó sus brazos.

Con una mano, le tapó la boca para impedir que gritase. Luego le aplicó un golpe seco a la sien.

Edna se desplomó en el acto. Alec se inclinó sobre ella, comprobando que su corazón seguía latiendo.

Apagó la luz y salió. Edna creería que había sido atacada por un ladrón.

De nuevo en el auto, hizo vinos cálculos. Era ya tarde para acudir a la dirección encontrada, podía sobrevenir cualquier incidente y retrasar su vuelta a la mansión donde se encontraba Winifred.

Con un suspiro, admitió que no le quedaba otro remedio que resignarse a esperar. Confió en que Winifred no le ordenase la vuelta al satélite a la mañana siguiente.

Pasadas las dos de la madrugada, vio a Winifred que salía de la casa, acompañada por el matrimonio de anfitriones. Abrió la portezuela y esperó a que ella estuviese instalada.

Winifred agitó la mano para despedirse de sus amigos. Luego dijo:

— A casa, Alec.

El joven puso en marcha el vehículo. Detrás de él, Winifred bostezó sin ninguna ceremonia.

— Estas fiestas me aburren soberanamente —manifestó.

— La señora se encuentra sin duda mejor en su asteroide —dijo Alec, atento al manejo del vehículo.

— Puede estar seguro de ello, Alec. Aunque usted no lo crea, soy una mujer sencilla, amiga de la sinceridad y de la franqueza. ¡Y hay tantas hipocresías en reuniones semejantes!

— Es preciso guardar las formas, señora; no queda otro remedio —dijo él sentenciosamente.

— Sí, pero, Alec, ¿qué cree usted que decían de mí esta noche? —preguntó ella súbitamente.

— No soy capaz de imaginármelo, señora —respondió el joven.

Winifred soltó una risita.

— Pues..., simplemente, decían de mí que cambiaba de chófer como cualquier sujeto se cambia de camisa... y me acusaban, además, de emplear siempre a hombres jóvenes y apuestos. ¿Qué quieren que haga, emplear a carcamales reumáticos, con un pie en la tumba? Usted ¿qué opina, Alec?

— Señora, no hay cosa peor que la envidia y a usted, créame, la

envidian; eso es lo que pasa — contestó Alec sentenciosamente.

— Sí, creo que tiene razón — murmuró Winifred —. No lo puedo negar; soy muy rica... y no demasiado vieja. Esto parece que a algunos les sienta mal, ¿no cree?

— Indudablemente, señora; pero me parece que la señora debe ser lo suficientemente independiente para no hacer caso de murmuraciones malévolas.

— Es lo mejor, Alec — admitió ella.

Llegaron a casa. En los últimos momentos, Winifred había callado.

Después de detener el coche y ayudarla a apearse, Alec se dispuso a recogerlo en el garaje. Entonces Winifred dijo;

— ¿Alec?

— Diga, señora.

— Entre en casa un momento, por favor.

El joven obedeció. ¿Qué se proponía la hermosa Winifred Hallestar?

Ella le condujo hasta el salón por donde Alec había entrado horas antes. Se dirigió a un aparador, destapó una botella y llenó dos copas.

Con ellas en las manos, se acercó al joven, haciendo ondular sinuosamente su esbelto cuerpo. El vestido era de corte clásico, aunque de diseño sumamente audaz, sobre todo en la parte del escote.

— Tome un trago, Alec —invitó Winifred, con la mejor de sus sonrisas —. Me agrada la forma que tiene de comportarse conmigo.

— La señora es muy amable — contestó él, a la vez que levantaba la copa —. A su salud.

Ella bebió, sin dejar de mirarle por encima de la copa. Los ojos de Alec se encontraron un instante con los de Winifred.

Eran asombrosamente azules, de una belleza increíble, posiblemente uno de los detalles fisonómicos más acusados y que contribuían en mayor grado a acentuar el encanto de la bella mujer.

— Alec —dijo Winifred, tras los primeros sorbos—, ¿cómo me encuentra usted?

El joven disimuló un movimiento de sobresalto.

— Señora, yo...

— Vamos, sea franco —sonrió ella—. Ya le dije que me gustaba la sinceridad. ¿Me encuentra vieja?

— ¡Por Dios, señora! ¡Esa palabra suena casi a... irreverencia!

— Bien — dijo Winifred, evidentemente halagada—, pero todavía no ha expresado su opinión. Sea franco — insistió.

Alec la miró fijamente.

— La señora aparenta, en estos momentos, menos de treinta años — dijo.

Ella emitió un profundo suspiro, que puso de relieve las curvas de un busto firme y compacto.

— Es una valiosa opinión — contestó —. Pero la realidad es que tengo cuarenta y... ¿Déjemos el «y» en suspenso? — añadió coquetamente.

— Señora, cuarenta años, sin «y», es, hoy día, la misma edad para una mujer que hace un siglo veinticinco años.

— Pero el tiempo transcurre en la misma medida, Alec.

— En efecto. No obstante, la señora convendrá conmigo en que hoy día existen procedimientos asombrosos para retardar considerablemente el envejecimiento fisiológico y aun mental. Por consiguiente, el día en que la señora cumpla el siglo, de lo cual no me cabe la menor duda, aparentará escasamente tener veinte años más de los que tiene en realidad.

Alec captó la súbita mirada de inquietud que ella le dirigió, mirada que desapareció rápidamente tras una hechicera sonrisa.

— ¿Está casado usted? —preguntó ella, dando un paso hacia adelante.

— No, señora; todavía no...

Winifred volvió a suspirar.

— El día en que se lo proponga, la mujer que elija caerá en sus brazos fulminantemente —murmuró.

— La señora exagera mis cualidades — sonrió Alec.

— ¿De veras? Yo tuve mala suerte en mi único matrimonio, tanta, que no he querido volver a casarme. — Le miró apreciativamente de arriba a abajo—. Un hombre como usted me habría hecho falta; serio, equilibrado, ponderado... ¡Aquel estúpido de Grouneau hizo bien en morirse! — dijo, con repentina exasperación.

Alec calló.

Empezaba a sentirse incómodo. Winifred era muy hermosa..., pero no sentía el menor deseo de enredarse en una aventura que, si bien podría resultar agradable en principio, carecería de honestidad en todo momento.

Winifred volvió a dirigirle una insinuante sonrisa.

— Le agradezco mucho este rato de compañía, Alec — dijo —. Usted me agrada mucho; ha sido, realmente, una suerte que su hermano me lo recomendase para piloto personal mío.

— La suerte fue mía, señora — contestó él.

— Estoy cansada. Buenas noches, Alec.

— Buenas noches, señora.

Ella se dirigió hacia la puerta, con paso ondulante. Desde allí, volvió la cabeza y le miró por encima de un hombro de blancura de mármol:

— Mañana descansaré todo el día..., mejor dicho, hoy ya. Le dejo el tiempo libre hasta la noche, Alec.

— Mil gracias, señora —contestó el joven, empezando a sentir preocupación por la insinuante actitud de Winifred Hallestar.

IX

Llamó a la puerta. Una mujer abrió y le miró inquisitivamente.

Era alta y fornida, de pecho voluminoso y amplias caderas, de rostro duro y expresión poco amistosa.

— ¿Qué quiere usted? —preguntó desabridamente.

Alec trató de mostrarse conciliador.

— Me envía mi hermano, señora —mintió—. Soy Alec Sharr.

— ¡Vaya! —resopló ella—. No sabía que Ned tuviese otro hermano. Él no me dijo nunca nada al respecto.

Alec dominó la sorpresa que le causaban aquellas palabras y procuró sonreír.

— Ya ve, cosas de la vida —dijo.

La mujer hizo un gesto de duda.

— Ned me encomendó muy especialmente que nadie debía ver a su hermano —declaró.

Alec comprendió en el acto lo que debía hacer.

— A Ned se le olvidó una cosa —dijo—. Metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de billetes—. Me dio esto para usted, señora...

Ella agarró el dinero con mano codiciosa.

— Señora Payne — se presentó —. Está bien, entre.

Alec siguió a la mujer. La casa era modesta, pero había que reconocer a la señora Payne el mérito de la limpieza.

Atravesaron un pequeño vestíbulo y llegaron a una habitación de buen tamaño, sobriamente amueblada, en la que, junto a una ventana que daba al campo, había un hombre sentado en una vieja mecedora.

Alec contuvo la respiración. ¡Era espantoso!

Indudablemente, el hombre tenía un notable parecido con Ned, pero había ciertas diferencias que le conferían un aspecto horripilante.

Los rasgos fisonómicos no estaban bien delimitados; parecía como si hubieran querido borrárselos, o tal vez atenuarlos, utilizando pasta de maquillaje en muchos puntos de su cara. Asimismo, en las manos, pudo ver que tres de los dedos, índice, medio y anular, estaban unidos en uno solo, sin apenas línea de separación. Sólo el pulgar y el índice eran independientes.

La mirada del hombre era la de un idiota completo.

— Ahí lo tiene usted —dijo la señora Payne—. El pobre me da una lástima terrible; se pasa las horas muertas junto a la ventana.

No habla, nunca dice nada, no me pide nada tampoco… Si no le diera de comer, se moriría de hambre, créame. ¡Qué desgracia, Señor! —se lamentó la mujer, con un profundo suspiro.

Alec estaba anonadado y horrorizado al mismo tiempo.

Aquel hombre era el tercer Ned… el resultado de un diabólico experimento de laboratorio. Pero, ¿cómo había llegado hasta allí? ¿Por qué no estaba en el asteroide?

Al cabo de unos minutos, consiguió reponerse de la impresión sufrida.

— ¿Cuánto tiempo lleva aquí mi… hermano? —preguntó con voz estrangulada.

— Oh, algunas semanas tan sólo… El señor Ned me lo trajo y me dijo que cuidase de él; me pagaría una cantidad mensual. Soy viuda y no tengo nada que hacer, así que acepté en el acto. El pobre Frank, por otra parte, me da muy poco trabajo… y la granja apenas me produce…

«De modo que se llama Frank», pensó Alec.

— La idea de Ned fue buena —dijo en voz alta—. Siempre es mejor que el pobre Frank esté aquí, en buenas manos, que no en un hospital, entregado al cuidado de mercenarios. Señora, si Ned no puede seguir pagándole, lo haré yo con muchísimo gusto.

— Se lo agradezco sinceramente, señor Sharr. ¿Quiere tomar una copita?

— ¡No, muchas gracias! he de irme ya. Volveré pronto a visitar a Frank y si le falta algo, dígamelo sin rebozos.

— Muy bien, así lo haré.

Alec abandonó la habitación, sintiendo náuseas. Aquel ser era sólo carne sin alma.

La señora Payne había abandonado sus recelos. Ahora hablaba volublemente, pero Alec no prestó la menor atención a su charla.

Abrió la puerta. Tenía necesidad de aire fresco.

Entonces divisó otro automóvil parado junto al suyo. Era lógico que no hubiese advertido su llegada, tanto por la marcha silenciosa del vehículo, como porque el ser llamado Frank Sharr se hallaba en el lado opuesto del edificio.

Súbitamente, presintió la inminencia de un peligro. Se volvió hacia su derecha.

Durante una fracción de segundo, sus ojos captaron la imagen de un rostro enorme, redondo, cuyo detalle más característico era un frondoso bigote negro.

Luego, algo duro y contundente le golpeó en la frente. Empezó a caer, mientras el grito de espanto de la señora Payne se alejaba con

singular rapidez.

* * *

Alec sintió calor, mucho calor.

Era extraño, se dijo, sumido todavía en la nebulosa de la inconsciencia. Lo lógico era sentir frío.

Algo chocó contra el suelo, lanzándole una vaharada ardiente a la cara. Abrió con esfuerzo un ojo y divisó a pocos pasos un madero en llamas.

Oyó un fuerte crepitar. Algo crujió con estruendo inconfundible.

La noción de las cosas fue haciéndose más clara, De pronto, supo que la granja estaba ardiendo.

Quiso ponerse en pie, pero las fuerzas le fallaron. Su cuerpo notaba todavía los efectos del golpe.

Penosamente, con la única obsesión de salvar su vida, se arrastró hacia la puerta. Estiró un brazo y consiguió agarrarse al pomo, lo que le permitió ponerse de rodillas.

El calor era insoportable. Un trozo de viga cayó a corta distancia, haciendo crujir el madero del suelo, del que ya brotaban llamas en muchas partes.

Al fin, consiguió ponerse en pie. Tiró de la puerta y la abrió. Un chorro de aire fresco, delicioso, le dio en la cara y llegó hasta sus pulmones casi abrasados por el calor.

Vaciló un momento y hubo de agarrarse con ambas manos a la jamba de la puerta para no caer. Al hacerlo, volvió un poco la cabeza y divisó a lo lejos, entre el vestíbulo y las habitaciones interiores, el cuerpo tendido de la señora Payne.

Estaba boca abajo, inmóvil. Haciendo un esfuerzo supremo, Alec dio unos pasos en el interior de aquel horno, con ánimo de salvar a la pobre mujer.

Parte del techo se desplomó ruidosamente en aquel momento. Alec se puso un brazo delante del rostro, con gesto instintivo. Un chorro de llamas le hizo retroceder, pese a sus propósitos.

Corrió hacia el patio. La casa era una masa de fuego rugidor. Nada podía hacerse ya por salvar a los dos desdichados que vivían en ella.

A lo lejos, Alec oyó sirenas de bomberos. De pronto, comprendió que no le convenía ser visto en aquel lugar.

Su coche estaba aún en el mismo sitio. Lo puso en marcha y lo situó a cierta distancia, donde no pudiera ser visto por nadie. Cuando los bomberos, al fin, hubieron dado por terminada su labor, que no sirvió sino para apagar unas brasas, emprendió el regreso a la ciudad, sintiéndose amargamente frustrado.

Pero al mismo tiempo comprendía que sus investigaciones habían realizado un notable avance. Claramente se daba cuenta que estaba cada vez más cerca del final.

Al llegar a la ciudad, buscó una cabina de visófono público y se puso en comunicación con el periodista.

— Tengo que hablar con usted, Martín —dijo—. Es muy urgente y... ¿podría encontrar usted al sargento Owen?

Rayston comprendió que Alec tenía un grave problema entre manos.

— Haré lo que pueda, muchacho —respondió—. Espérame dentro de media hora en el restaurante donde nos vimos la última vez.

— Muy bien; allí estaré, Martín.

* * *

La cara del sargento Owen tenía una expresión ceñuda cuando Alec hubo terminado su relato.

— Ese maldito «Bigotes» debió de darse cuenta de que uno de mis hombres le seguía y consiguió zafarse de su vigilancia — masculló airadamente —. Pero ahora ya no me cabe la menor duda; Mack Buthem ha sido triplicado.

— ¡Santo Dios! — exclamó Martín —. Era un tipo repugnante ya en singular, conque si ahora pensamos que ha sido repetido tres veces...

— Ahora me explico —dijo el sargento—, por qué yo y mis dos hombres teníamos siempre delante de nosotros a un «Bigotes». ¡Cada uno de nosotros tres seguía a un ejemplar de ese condenado rufián! ¡Es más —agregó el indignado policía—, el agente Latimer juraba y perjuraba que «Bigotes» cojeaba, a causa de un pie torcido, en tanto que Parrish decía que no tenía ningún defecto físico!

Alec removió el café de su taza con la cucharilla.

— Por lo que he podido deducir, los ejemplares reproducidos no son tan perfectos como el «original» — declaró—. Martín, usted recuerda sus encuentros con el profesor Quoll.

— Por supuesto — respondió el periodista.

— Usted dijo que Quoll poseía una memoria fabulosa... y, sin embargo, la primera vez tardó en reconocerle.

— Eso es cierto.

— Lo cual significa que Quoll ha sido también multiplicado, aunque ignoramos con qué objeto. Y, en apoyo de mi tesis, aparte de lo que les he contado referente al tercer Ned Sharr, les diré que allá arriba en «La Losa» hay un sujeto que a veces es miope y a veces no.

— ¿Cómo es eso, muchacho? — preguntó el periodista interesadamente.

— Muy sencillo: el tipo, un tal Orrin Küss, fue también multiplicado. Pero una de las «copias» no salió bien y padece una pronunciada miopía.

— ¿Y la tercera «copia»? —quiso saber Owen.

Alec frunció el ceño.

— Es muy posible que haya pasado lo mismo que en el caso de mi hermano Ned —contestó—. La tercera «copia» resulta siempre muy defectuosa.

Hubo un momento de silencio. Luego, el policía dijo:

— Entonces, no hay ya duda de que un «Bigotes» cometió los crímenes que se le imputan. Pero ¿por qué?

— Lo mejor será que eches el guante a los tres y los interrogues por separado —aconsejó Rayston.

Alec meneó la cabeza.

— Yo opino todo lo contrario, al menos de momento — dijo.

Owen y Rayston le miraron expectantemente.

— ¿Por qué? — quiso saber el segundo.

— Mañana, casi con seguridad, regresaré al asteroide. Estoy en buenas condiciones para averiguar con exactitud lo que sucede allí, pero, más que nada, los motivos de esa extraña multiplicidad de personas… porque es evidente que el doctor Bocksley no lo ha hecho por mero altruismo.

— Eso parece lógico — convino Rayston.

— ¿Y he de abandonar la persecución de Buthem?

— preguntó Owen.

— No, ¿por qué? —contestó Alec—. Simplemente, mantenerle bajo vigilancia continua. Y usted, Martín, puede ocuparse de Quoll.

— Sí, es verdad — dijo Rayston pensativamente —. Es un tipo notabilísimo y me pregunto qué beneficios se pueden sacar de su… «repetición», porque, aunque le dupliquen el cerebro, no creo que le hayan duplicado también sus conocimientos científicos.

— Algún motivo hay en esa acción —aseguró Alec—, y acabaremos por saberlo.

— ¡Ojalá! —suspiró Owen—. De momento, no comprendo muy bien por qué «Bigotes» liquidó a aquellos dos tipos. Podría pensarse en un ajuste de cuentas entre gentes del hampa, pero después de lo que he oído, pienso que los motivos son muy distintos… y más profundos.

— Así pienso yo también —concordó Alec —. Y averiguar esos motivos es cosa que le compete a usted, Danny.

— Haré todo lo que pueda —prometió el policía.

Los ojos de Rayston brillaron.

— ¡Cielos, qué historia! —exclamó—. Cuando todo haya terminado, será uno de mis mayores éxitos periodísticos.

— Sí, pero de momento, le conviene callar. Sin pruebas, ¿quién le creería?

— No soy tonto, muchacho —dijo Rayston.

— A mí me parece que un registro en «La Losa»...

— apuntó Owen.

— No puede hacerlo —contradijo Alec—. ¿Con qué motivo pediría al juez un mandamiento para registrar el asteroide? De momento, no hay la menor prueba de que allí se hayan cometido hechos delictivos... incluso aunque probase que «Bigotes» fue multiplicado en el laboratorio del doctor Bocksley, éste podría alegar que no es responsable de sus acciones posteriores.

Owen asintió.

— Sí, será preciso esperar a reunir las pruebas precisas —dijo.

Alec se puso en pie.

— No puedo entretenerme ya por más tiempo —manifestó—. En cuanto sepa algo, haré todos los posibles por comunicárselo.

Rayston le dirigió una mirada de simpatía.

— Te deseo mucha suerte, Alec —dijo.

— Sí, toda la que le faltó a mi hermano — contestó el joven sombríamente.

X

Edna le recibió desabridamente.

— La señora ha preguntado varias veces por usted

— declaró en tono poco amistoso—. ¿Dónde ha estado?

— Ella me dio el día libre hasta la noche. Todavía no son las siete de la tarde — respondió Alec tranquilamente.

— Si tuviera un poco más de conciencia profesional...

— Tengo la conciencia de un esquimal psicopático

— dijo Alec irónicamente —. Y no me grite; usted no me paga el sueldo ni tengo por qué obedecer sus órdenes en absoluto.

Los ojos de Edna emitieron un chispazo de furia.

— ¡Es usted un...! —pero no pudo seguir adelante.

— ¡Señor Sharr! — sonó en aquel momento la voz de la dueña de la casa.

Alec volvió la cabeza. Winifred estaba en la puerta del salón.

— Sí, señora —contestó.

— Regresamos a «La Losa». ¿Cuándo tendrá listo el cohete

— Ahora mismo, si lo desea, señora.

Winifred sonrió ligeramente.

— No me corre tanta prisa. ¿A las ocho de la mañana?

— Estoy a sus órdenes, señora.

— Muy bien, señor Sharr. Edna. —Winifred se dirigió al ama de llaves—. Tenga la bondad de preparar mi equipaje para las siete en punto.

— Como mande la señora —respondió el ama de llaves. Lanzó una airada mirada al joven y se retiró en silencio.

Winifred miró a Alec y sonrió.

— No la haga caso — dijo —. Lleva muchos años conmigo y, a veces, se cree que por reprender a la servidumbre, las cosas van a marchar mejor.

— No tiene importancia, señora — sonrió Alec —. ¿Tiene algo más que mandarme?

Winifred demoró la respuesta unos segundos. Alec se dio cuenta de que su cara había tomado ahora una expresión singular.

— No, nada —dijo ella al cabo—. Hasta mañana, señor Sharr.

— Buenas noches, señora.

Después de cenar, Alec se retiró a su habitación.

Fumó varios cigarrillos mientras recordaba los sucesos del día. ¿Era posible que Winifred hubiera enviado a «Bigotes» a deshacerse

de él, de la señora Payne y de aquel montón de carne inanimada que había sido el tercer Ned Sharr?

Si ello era así, significaba que W. H. estaba al frente de una cuadrilla de forajidos… pero ello parecía absurdo, se dijo. Una mujer tan rica, ¿tenía que recurrir precisamente a semejantes procedimientos?

Cansado de establecer hipótesis, sin que ninguna de ellas le satisficiera en lo más mínimo, acabó por dormirse.

La solución no estaba allá abajo, en el planeta, sino en aquel pedrusco espacial, situado a cuarenta mil kilómetros de distancia.

El viaje resultó una cosa rutinaria y sin incidentes. Aterrizaron en el lugar señalado y, como la vez anterior, Maisie salió a recibir a la señora Hallestar.

Winifred se marchó, apenas puso los pies en el túnel. Maisie se quedó para hacerse cargo de su equipaje.

Alec no desaprovecho la ocasión.

— Tengo mucho que contarle, Maisie — dijo en voz baja, apenas se hubieron quedado solos.

Ella le dirigió una rápida mirada.

— A la noche, Alec — indicó.

— De acuerdo. ¿Algún rastro de Ned?

— No, en absoluto.

— Muy bien, vámonos.

Se separaron en la superficie, bajo la cúpula. Alec se dirigió a su alojamiento, en donde se bañó y cambió de ropa. Sus preocupaciones continuaban.

¿Dónde estaba Ned?

Presentía que había sucedido lo peor. Si ello era así, no cabía la menor duda: Winifred era la culpable.

El tiempo transcurrió lentamente. A mediodía fue al comedor y se sentó a una mesa, con la vaga esperanza de que Maisie acudiera a comer. La muchacha no compareció.

Terminada la comida, regresó a su casa. Entonces halló a alguien esperándole.

— Hola — dijo el sujeto —. Permítame que me presente. Soy el doctor Bocksley.

— Encantado, doctor —contestó el joven—. ¿Puedo servirle en algo? El cohete está listo…

— ¿El cohete? —exclamó Bocksley—. ¡Ah, usted es el piloto personal de la señora Hallestar! No, no tiene que llevarme a ninguna parte. Sólo…

Bocksley dio dos vueltas en torno a Alec, examinándole con

curiosidad profesional.

— ¿Quiere quitarse la camisa, por favor? —pidió de pronto.

Alec respingó.

— Eh, doctor, no irá a decirme que estoy enfermo — exclamó, simulando aprensión.

— Por supuesto que no —rió Bocksley—. Sólo es curiosidad profesional, señor Sharr. Estoy realizando ciertos trabajos en un laboratorio, que tengo instalado aquí y…

El torso de Alec quedó al descubierto. Bocksley le contempló críticamente y luego le pidió que inspirara varias veces.

Alec obedeció. Luego, Bocksley le tanteó los músculos de los brazos y le hizo un rápido examen de los ojos y de la dentadura.

— Está en bastante buen estado — dijo al cabo—. Señor Sharr, creo que usted podría ser un sujeto ideal para mi experimento.

— Si me dice de qué se trata… — contestó el joven.

— Por el momento, es prematuro. — Bocksley sacó del bolsillo de su bata un tubito y se lo entregó — : Tómese una tableta tres veces al día —indicó—. Son inofensivas, se lo aseguro, pero mejorarán su estado general considerablemente. En dos días notará usted la diferencia, créame.

Alec emitió una sonrisita de circunstancias.

— Si usted lo dice, doctor…

— Desde luego, Bien, ahora deberá dispensarme; tengo trabajo. Dentro de tres días le haré un examen más a fondo.

— Muy bien, doctor. Sin embargo, tendrá que indicarme dónde se halla instalado su laboratorio.

— Oh, no será necesario; yo traeré aquí los aparatos necesarios, excepto, naturalmente, el de rayos X. Pero esto puede quedar para la última fase del reconocimiento. Adiós, señor Sharr… y muchas gracias por su cooperación —se despidió el médico.

Alec se quedó muy preocupado.

Las intenciones de Bocksley eran claras: quería multiplicarle.

Pero Alec estaba dispuesto a luchar con todas sus fuerzas para evitar que sucediera una cosa semejante.

* * *

Maisie llegó pasada la media noche.

— Tenía unas ganas enormes de verle, Alec —declaró la muchacha francamente.

— Los sentimientos son mutuos —sonrió él, complacidamente—. ¿Qué tal lo ha pasado durante nuestra ausencia?

— Bien, Alec —respondió Maisie—. Es decir… sólo hasta cierto punto.

— ¿Ha ocurrido algo nuevo?

Ella le dirigió una profunda mirada.

— Alec, tengo malas noticias para usted —dijo.

El joven realizó una profunda inspiración.

— Hable sin temor, Maisie —pidió.

— Su hermano Ned ha muerto — declaró Maisie.

Alec dio un par de vueltas por la habitación.

La luz refleja de la Tierra penetraba a través de un gran ventanal, con una intensidad muy superior a la de la Luna en fase de plenitud. Maisie pudo captar de este modo la contracción de los rasgos de la cara del joven.

— Lo siento de veras, Alec — dijo —. Hablé varias veces con Ned y me pareció un muchacho muy agradable.

— Le doy las gracias, Maisie —habló él por fin, recuperado en parte—. Ya me imaginaba algo por el estilo, sobre todo, después de lo que pasó allá abajo... ¿Sabe cómo ocurrió?

— Lanzaron su cuerpo al espacio, con un cohete propulsor, al cual conectaron una potente carga explosiva — respondió Maisie.

Alec movió la cabeza afirmativamente.

— Vi el estallido — dijo. Se retorció las manos—. Creí que Ned estaba dormido y por eso no le quise despertar. Seguramente, estaba ya muerto, pero... ¿por qué, Maisie, por qué?

— Lo siento, Alec, no tengo la menor idea.

— ¿Era él o era su doble?—murmuró Alee desconcertadamente —. ¿Cuándo lo reprodujeron, le reprodujeron también la cicatriz y el «original» se la hizo quitar allá abajo, en la Tierra?

— Pudo ocurrir que la «copia» resultase sin imperfecciones — sugirió la muchacha.

— Entonces, el Ned que vi aquí era mi hermano auténtico. Pero, ¿quiere decirme cómo el que me habló en la Tierra me reconoció en el acto... y supo darme tantos detalles de mi vida pasada?

— No hay más que una explicación, Alec —dijo Maisie.

El joven la miró inquisitivamente. Maisie añadió:

— Al ser multiplicado un ser humano, se multiplican también sus cualidades no sólo físicamente, sino mentales: su memoria, sus conocimientos de toda índole... Eso explica que Ned, la «copia» le reconociese en el acto.

— Pero el tercer Ned resultó un fracaso.

Maisie arqueó las cejas.

— ¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

Alec se sentó en un sillón y hundió la cabeza entre las manos.

— Yo creo que Ned se quitó verdaderamente la cicatriz —

murmuró.

— Por tanto, usted se encontró allá abajo con su hermano auténtico —dijo Maisie.

— Así lo creo... y eso explica que quisiera esconder a la tercera «copia»..., lo cual, a la larga, no le sirvió de nada.

Maisie se sentó frente a él.

— Hable, Alec, cuénteme todo, por favor —pidió.

Alec asintió.

Estuvo hablando durante largo rato. Al terminar, Maisie se sentía asombrada y horrorizada.

— Hay muchas cosas que no están todavía muy claras —dijo.

— Algunas, sí —afirmó Alec—. Algunas están clarísimas, aunque no conozcamos todos los detalles. Winifred Hallestar me dijo que Ned estaba indispuesto... y la realidad es que ha debido de morir asesinado también, como ocurrió con la «copia» que había en este maldito asteroide.

Maisie se estremeció.

— ¿Lo cree así, Alec?

— Estoy seguro de ello. Ned, el número uno, murió, y aquí murió el número dos. Sólo quedaba el número tres... y se abrasó en el incendio de la granja de la señora Payne.

— Pero, ¿por qué estaba allí?

— Ned, de alguna manera, se lo llevó a la Tierra

y lo escondió. A fin de cuentas, era un ser viviente... una reproducción muy basta de sí mismo, y quería que viviese. Tal vez tenía in mente algún plan y no pudo llevarlo a cabo... o simplemente, por compasión.

Maisie se tapó la cara con las manos.

— ¡Dios mío! ¡No puedo creer tal cosa de Winifred! Parece tan buena, tan cariñosa... nunca me ha hecho el menor reproche...

— Pues no cabe la menor duda de que ella es la principal culpable o, cuando menos, la instigadora. ¿Es que no recuerda ya el diálogo que yo le oí sostener con Bocksley?

— Sí, es cierto, Alec.

— Bocksley la tiene sujeta de alguna forma a sus caprichos, si es que pueden denominarse de esta manera. Y uno de los medios que emplea para hacerse obedecer de Winifred es el tratamiento de juventud que la aplica. ¡Parece como si esa mujer quisiera vivir eternamente!

— Eternamente — repitió Maisie a media voz —. Pudiera ser, Alec.

Hubo una pausa de silencio. Luego, ella dijo:

— En tal caso todos estos experimentos están encaminados a un sólo fin: prolongar la juventud de la señora Hallestar.

Alec hizo crujir los nudillos de sus manos.

— ¡Pues si ella cree que va a vivir a costa de la vida de mi hermano, se equivoca de medio a medio! — bramó enfurecidamente.

— Repórtese, Alec —aconsejó Maisie—. La ira no es el mejor medio para resolver los problemas... y tenga en cuenta que no conocemos bien la cuestión. Tal vez Winifred sólo es culpable de querer prolongar su juventud y eso, en el fondo, no es pecado.

— Salvo por los procedimientos, Maisie.

— Es muy posible que ella obre inducida u obligada por Bocksley. No sabemos bien qué clase de relaciones les unen. Recuerde usted lo que les oyó hablar,

Alec asintió.

— Es cierto —dijo—. Quizá Bocksley la obliga a someterse a sus dictados... pero una cosa hay segura: ¡a mí no me multiplicarán!

Estaba decidido a continuar siendo uno solo: el que era desde su nacimiento.

Alec contó las tabletas contenidas en el tubito que le había entregado Bocksley.

Había veinte. Teniendo en cuenta que volvería tres días después, debería ingerir nueve tabletas. Separó nueve tabletas y las arrojó por el sumidero.

No tenía ganas de ingerir una droga en la cual no sentía la menor confianza. Podía tratarse de un narcótico de efectos lentos, pero progresivos, que acabara sometiéndole incondicionalmente a la voluntad del científico.

En tal caso, acabaría haciendo lo que Bocksley quisiera... que precisamente era lo contrario de lo que él quería. No, no se fiaba en absoluto de aquel individuo.

Los tres días señalados por Bocksley transcurrieron sin incidentes.

El médico llegó puntualmente, con un maletín en la mano. Su sorpresa fue enorme al ver a Alec en la cama.

— ¿Qué le sucede? —preguntó.

— No me encuentro bien, doctor — contestó el joven—. Siento una extraña debilidad, mareos vértigos... Incluso creo que tengo fiebre.

— Vamos a ver —dijo Bocksley, tras un fruncimiento de cejas.

Auscultó al joven, le miró la lengua y el interior de los párpados, así como el fondo de las pupilas, y pareció quedar perplejo.

— ¿Tomo las pastillas que le recomendé? —preguntó.

— Por supuesto, doctor; pero no he encontrado la mejoría que usted anunció —dijo Alec con voz gemebunda.

— ¡Hum! Es un reconstituyente muy bueno, un revitalizador del organismo, que produce efectos maravillosos.

— No será a mí —rezongó Alec—. Yo me encuentro como si no hubiese comido en dos semanas.

— Estaría muerto ya — masculló Bocksley. Abrió el maletín y sacó un frasquito—. Esto le pondrá como nuevo en cuarenta y ocho horas. Tómese cinco gotas antes de cada comida. Volveré dentro de dos días.

— Sí, doctor.

Bocksley se marchó, refunfuñando entre dientes. Alec sonrió al quedarse solo.

Contempló el frasquito.

— Lástima que no viva en un décimo piso para tirarlo por la ventana —se dijo divertidamente.

Luego saltó del lecho ágilmente, satisfecho de haber retrasado los planes de Bocksley. En aquel momento, oyó un leve tañido.

Levantó el colchón. Debajo había una cajita plana, de forma alargada, de unos tres centímetros de ancho, por doce de largo y uno de grueso.

Junto a una de sus esquinas había un pequeño interruptor. Alec presionó en aquel punto y luego sacó una diminuta antena, de unos veinte centímetros de largo.

— Habla Sharr — dijo—. Adelante.

— Soy Owen — le contestaron desde cuarenta mil kilómetros de distancia —. Hay novedades.

— Estupendo. Siga, sargento.

— Hemos capturado a los tres «Bigotes». Estamos locos viéndolos el uno junto al otro... y al otro. Lo siento, pero tuvimos que hacerlo.

—Se comprende —.sonrió el joven—. ¿Cuál de ellos es el culpable?

—Es curioso. Los tres se acusan de haber sido cada uno de ellos.

— Lógico, creo. De este modo, no puede haber incriminación. ¿Qué piensan hacer con el trío?

— De momento, retenerlos. Usted tenía razón; uno de ellos es defectuoso.

— El cojo, ¿verdad?

—En efecto. Parece que esa «copia» no salió tan bien como el original.

Alec recordó lo que había visto en el laboratorio.

— En realidad, es una copia de una copia — dijo.

—Comprendo respondió Owen—. ¿Qué hay por el asteroide?

—Tratan conquistarme... y no es una mujer precisamente. Por lo que puedo deducir, Bocksley quiere multiplicarme. Me ha dado a entender que el sujeto ideal para ello. A mí no me gusta verme repetido más que en el espejo, ¿comprende?

—Desde luego. Bien, si sucede algo o necesita ayuda, llame en el acto. Siempre habrá un agente a la escucha de su posible llamada.

— De acuerdo. A propósito, sargento ¿qué hay de Quoll?

Todavía no sabemos nada. Rayston, sin embargo, continúa investigando.

Muy bien. Gracias por todo, Danny.

— A usted, Alec.

El joven cortó la comunicación y volvió a guardar el aparato de radio. Luego eligió un libro y se sentó junto a un ventanal. Si le decían algo, contestaría que la medicina le había mejorado.

En realidad, fingía leer. Sin embargo, el verdadero objeto de su situación en aquel punto era vigilar la casa de Winifred, cuyo jardín divisaba fácilmente desde la ventana.

Aquel día no ocurrió nada de particular. Alec hubo de esperar a la noche siguiente para ver a la dueña del asteroide que salía del jardín y caminaba hacia la entrada al subterráneo.

Ella pasó a unos treinta metros de la casa. Alec creyó ver en su rostro señales de nerviosismo.

Cuando Winifred hubo desaparecido de su vista, Alec abandonó su observatorio y salió de la casa. Era muy tarde y no había gente a la vista.

Alcanzó la entrada al subterráneo. Todo estaba en silencio.

Descendió las escaleras paso a paso y se asomó al túnel, que aparecía completamente desierto. Winifred, pensó, debía de hallarse en el laboratorio.

De puntillas, caminó hasta llegar junto a la puerta del laboratorio. Estaba cerrada. Pero, arriesgándose a ser descubierto, abrió una rendija y aplico el oído.

Inmediatamente, captó la voz de Winifred, que latía una nota aprensiva.

— Tiene que darme una nueva dosis, doctor decía la mujer.

— ¿Una nueva dosis? ¡Pero si le apliqué la última hace menos de una semana! —protestó Bocksley.

— Es igual, quiero la droga —insistió ella—. He podido darme cuenta de que sus efectos se disipan cada vez con mayor rapidez. Si no actúa pronto, antes de pocos meses, me habré habituado a ella de tal modo que ya no me causará el menor efecto.

— Está bien, le aplicaré la droga, pero habrá de esperar veinticuatro horas más.

— ¿Por qué tanto tiempo? —preguntó Winifred, extrañada.

— Aquí no tengo ni un solo gramo —respondió Bocksley—. Es un medicamento fácilmente alterable...

— Yo creí que se podía conservar durante años enteros.

— Así sucedería, si estuviésemos en la Tierra. Pero, de un modo que todavía no hemos logrado comprender, la menor gravedad del asteroide afecta a su composición y, en menos de un día, se torna tan inofensiva como el agua destilada. Ahora mismo enviaré un mensaje y Quoll me despachará mañana una dosis, con el cohete de suministros. Iré por la noche a verla. ¿De acuerdo?

— Conforme — se resignó Winifred.

— Y no olvide una cosa: en la composición de esa droga entran sustancias prohibidas y cuesta mucho obtenerlas.

— No es dinero lo que escasea, precisamente — replicó ella con altivez.

— Sí; pero, allá abajo, la gente se muestra reacia a cooperar. La cuestión de las drogas es algo que la policía ha tenido siempre entre ojo. ¿Me entiende?

— Muy bien, esperaré esas veinticuatro horas, pero envíe el mensaje cuanto antes.

— Ahora mismo — aseguró Bocksley.

— Una pregunta, doctor —dijo Winifred.

— Bien, hágala — contestó el médico con aire de cansancio.

— ¿Cuándo dará por terminados sus experimentos?

— Bueno, no se puede decir que el éxito, aun siendo notable, sea total. Algunos han fallado..., pero ahora tengo en perspectiva un sujeto, con el cual creo poder rematar mi obra.

— ¿Quién es?

— Su piloto privado, Alec Sharr.

— ¿Sharr? ¡No! —exclamó ella de un modo que sorprendió a Alec vivamente.

— ¿Cómo? —rezongó Bocksley—. ¿Es que no quiere...?

Alec no pudo seguir escuchando. Detrás de él, oyó un ruidito que le llenó de alarma.

Volvió la cabeza. Alguien abría una puerta a corta distancia.

Con gesto rápido, se separó del laboratorio y se dirigió hacia el ascensor. Un hombre corrió tras él.

— Eh, usted, ¿adónde va? — preguntó el individuo.

— ¿Es a mí? —dijo Alec, fingiendo ignorancia.

— ¿A quién diablos va a ser? — repuso el otro de mal talante—. No veo a nadie más por aquí...

Alec disimuló la sorpresa recibida.

Aquel sujeto era un duplicado exacto de Nelson, el guardián fallecido a consecuencia de un puñetazo suyo. Se preguntó si el Nelson vivo guardaría memoria del golpe recibido por su «doble» fallecido.

— Soy el piloto personal de la señora Hallestar — dijo —. Me dirigía a revisar el cohete.

— ¿A estas horas? —preguntó Nelson suspicazmente.

— ¿A estas horas está usted aquí? —remedó Alec.

— Yo soy el vigilante de este sector.

— Pues siga vigilando, mientras yo reviso el cohete

— dijo Alec con desenvoltura. Y unos segundos después, ponía el ascensor en marcha hacia arriba.

Permaneció en el cohete más de una hora, a fin de justificar sus

palabras. Una cosa le tenía sumido en la perplejidad.

Los propósitos de Bocksley estaban bien definidos: quería multiplicarle. Sin embargo, Winifred se había negado, al menos, en principio.

Ciertamente, Alec no entendía las causas de aquella negativa, a menos que...

— ¡Rayos! —gruñó, al pensar en determinada posibilidad—. Sería espantoso.

Pero luego se dijo que tal vez era demasiada presunción por su parte.

— En resumen, no te consideres tan guapo... y recuerda a tu antecesor en el empleo, despedido por habérselo creído.

Al cabo de un rato, volvió a su alojamiento.

Maisie le estaba esperando. La joven se sentía sumamente nerviosa.

— ¿Dónde ha estado? — preguntó.

— Indagando —respondió él parcamente. Y luego añadió —: Necesito una copa. ¿Quiere acompañarme?

— No, gracias, no tengo ganas.

Alec se sirvió una copa y despachó la mitad de un trago. Luego fijó su vista en el lindo rostro de Maisie, iluminado de lleno por el claro de Tierra.

Winifred era muy hermosa, y encantadora, además... pero tenía en contra suya la desventaja de la edad. Toda su fortuna no podía compensar ese defecto.

Ni siquiera con las drogas mágicas del doctor Bocksley, resumió Alec sus pensamientos.

— ¿Y bien? —dijo Maisie, impaciente.

— Winifred necesita una nueva dosis de la droga respondió él —. Según he podido deducir, su organismo se está habituando y los efectos rejuvenecedores son cada vez más cortos.

— ¿Quién se lo ha dicho?

— Lo he oído yo, fisgoneando detrás de una puerta.

Maisie asintió pensativamente.

— Sí — convino —. Hoy la vi cansada, con el rostro ajado... pero es algo incomprensible. Si tiene cuarenta años de edad, con un poco de crema común y corriente podría pasar. Como pasan muchas mujeres de su edad, y no se someten a ningún tratamiento especial.

— Es raro, en efecto — dijo Alec —. Si W. H. tuviese ochenta años de edad, podría empezar a pensar en esas drogas maravillosas, pero a los cuarenta años, hoy, como hace un siglo, una mujer puede seguir siendo bella y esbelta. No acabo de comprender el por qué de

su empeño en continuar pareciendo diez o doce años más joven.

— A ninguna mujer le gusta envejecer, Alec — contestó Maisie sentenciosamente.

— Desde luego, pero, aun así, a su edad, no debería tener motivos para preocuparse tanto. Todavía es pronto, ¿no cree?

— Bien, pongamos que Winifred tiene un modo de pensar especial a este respecto. ¿Entró en el laboratorio?

— No, ni siquiera los vi. Sólo abrí lo suficiente para poder oír sus voces. A propósito, creo saber ya los motivos de los crímenes cometidos por «Bigotes».

Alec había relatado a la joven todo lo ocurrido en la Tierra. Maisie le contempló con rostro expectante.

— Parece ser —continuó él—, que en la composición de esa droga entran otras prohibidas. Naturalmente, hay que procurárselas por medios también prohibidos... y es posible que tanto Muggs como Cawner hubieran sido los suministradores de esas drogas. Quizá pidieron más dinero del habitual... o se negaron a continuar con el suministro. Entonces, Buthem les ajustó las cuentas.

— Una típica venganza de «gangsters» —dijo Maisie.

— Más o menos, así debió de ocurrir. Y Quoll, que es quien elabora la droga rejuvenecedora, debe andar también metido en el ajo. De todas formas, no falta quien se preocupe de él.

Maisie suspiró.

— Alec, aquí gano un buen sueldo, pero estoy deseando irme — declaró sinceramente.

— Lo mismo pienso yo... y si no fuera por aclarar la suerte que ha corrido mi hermano, me largaría en el acto. Maisie, ¿sabe usted dónde aterrizan los cohetes de suministro?

— ¿Por qué me lo pregunta? — exclamó ella, sorprendida.

— Mañana llega uno de la Tierra —respondió Alec —. Quiero ir a recibir a su piloto en persona.

El terreno de aterrizaje en la cara opuesta del asteroide era idéntico al que usaba Alec. Sin embargo, causaba un efecto extraordinario saber que, a doscientos cincuenta metros tan sólo, las personas se movían invertidamente con respecto a su posición actual.

El cohete llegó. Alec se dirigió al ascensor, adelantándose a unos cuantos individuos que debían recoger la carga, y consiguió llegar el primero a la cabina de mando.

— Hola — dijo sonriendo —. Soy Alec Sharr, piloto personal de la señora Hallestar. Creo que trae usted un envío del doctor Quoll para el doctor Bocksley.

— Sí, aquí lo tengo —contestó el piloto, entregándole una cajita de tamaño algo mayor que un paquete de cigarrillos —. Tenga cuidado; es algo muy valioso.

— Descuide, amigo; lo trataré como si fuese mi propio padre. Gracias por todo.

Abandonó el cohete, descendió al túnel y buscó el otro ascensor, que le llevaría a la cara opuesta del asteroide.

A mitad de camino, tuvo que cambiar de ascensor, a fin de realizar la inversión de posiciones. Poco después, surgía bajo la cúpula.

Con la medicina en la mano, se dirigió a casa de Winifred. Küss le salió al paso.

— Llevo un encargo para la señora — dijo el joven con acento desenvuelto. Apartó al gigante a un lado y siguió su camino.

Maisie salió a recibirle. Le miró fijamente, pero no demostró conocer sus intenciones.

— La señora está en el salón — indicó.

— Muchas gracias, señorita Dunnigan.

Alec tocó con los nudillos en la puerta. Winifred contestó desde el otro lado:

— ¡Adelante!

Con la mano en el pomo, Alec se volvió y miró a la muchacha.

Maisie estaba muy pálida. Alec le guiñó un ojo, para tranquilizarla, y abrió por fin.

Winifred se puso en pie al verle.

— ¡Alec! — exclamó, con cierta sorpresa —. Creí que sería el doctor Bocksley...

El joven cerró a sus espaldas.

— Siento haberla defraudado, señora —se excusó, a la vez que avanzaba hacia ella —. De todas formas, el encargo está ya aquí.

— ¿A qué encargo se refiere? —preguntó Winifred—. Alec, ¿se da cuenta de que su comportamiento está resultando un tanto extraño?

Alec contempló detenidamente el rostro de la mujer.

Sí, ella tenía razón. El tratamiento rejuvenecedor iba perdiendo eficacia a cuanto más se aplicaba.

Había algunas arrugas en la cara de Winifred, pocas y no demasiado visibles, pero no por ello menos reales. Incluso sus hermosos ojos parecían haber perdido buena parte de su brillo habitual.

Frunció el ceño. «Diablos, parece como si tuviera cincuenta años», se dijo.

— Estoy esperando una respuesta, Alec — dijo ella, impaciente.

Alec le enseñó la cajita.

— Es la droga elaborada por el doctor Quoll, a costa de las vidas de unos cuantos hombres, entre ellos, mi hermano Ned.

El rostro de Winifred adquirió una blancura grisácea.

— Yo… —dijo con voz temblona—, no tengo nada que ver con…

— Algo tiene que ver, cuando se rejuvenece por procedimientos nada éticos —afirmó él con voz dura—. ¿Sabe que Bocksley quiere multiplicarme, como lo ha hecho con otros tantos desgraciados, incluyendo a mi hermano?

Winifred volvió la cara a un lado.

— Alec, si usted supiera…

El sol daba de lleno en la Tierra y el planeta emitía vivos reflejos, que iluminaban crudamente el rostro de la hermosa mujer. Winifred estaba en pie, apoyada con una mano en el piano, junto al retrato.

Alec volvió a fijarse en los ojos. Eran de un color azul intenso… ¡pero la niña que estaba junto a su madre, en la fotografía, tenía los ojos de color marrón!

Retrocedió espantado. Acababa de comprender la verdad.

— Usted no es…

Ella le miró con expresión implorante.

— ¡Alec! ¡Por lo que más quiera! ¡No lo divulgue, se lo ruego!

Alec creía estar soñando. Aturdido, permaneció algunos instantes sin saber qué decir.

Winifred le contemplaba implorante. Al joven le parecía imposible que aquella hermosa mujer estuviese ya en las proximidades de los ochenta años, si no los había rebasado.

Una vez más, contempló el retrato.

— Entonces —dijo—, usted no es…

Ella sacudió la cabeza.

— No, no soy Winifred, sino Clarissa, su madre — afirmó, corroborando así las sospechas de Alec.

— Es increíble —murmuró él—. Nunca lo hubiera sospechado, pero usted cometió un gravísimo error al conservar esta fotografía. ¿Es que no se da cuenta de que no soy el único que puede advertir la discordancia entre los tonos de las pupilas suyas y las de su hija?

— No se me había ocurrido — contestó la mujer —. Quería tanto a mi hija —se lamentó.

— ¿Qué pasó? ¿Dónde está ella?

— Murió.

Alec la miró suspicazmente.

— Por favor —rogó Winifred—, no piense mal de mí. Cree que llegué a tener celos de ella cuando se hizo mayor y que la maté para que no me hiciera la competencia en belleza, ¿no es cierto?

— No he dicho nada de eso, señora Hallestar — contestó Alec con grave acento.

— Pero lo está pensando.

— Ciertamente, hay muchas cosas de las cuales se le puede acusar a usted, pero no precisamente de dar muerte a su propia hija.

Una débil sonrisa apareció en los ojos de la dama.

— Gracias, Alec —murmuró.

De pronto, se volvió frente al ventanal. Su respiración era agitada, casi espasmódica.

— Winnie nació tardíamente, cuando mi esposo y yo no esperábamos ya ningún fruto de nuestro matrimonio — habló al cabo de unos momentos de pausa—. Yo tenía treinta y cinco años entonces; la fotografía está hecha doce después del nacimiento de Winnie. Modestia aparte, siempre fui muy hermosa... y Winnie lo hubiera sido también. Pero los años no pasan en balde y la hermosura se pierde lentamente.

»Más o menos —continuó Clarissa Hallestar—, en la época en que nos hicimos esa fotografía, conocí a Bocksley. Aseguraba ser autor de un singular tratamiento para rejuvenecer a las personas y, en los primeros momentos, le consideré como un embaucador, y no digamos mi esposo. Pero él me aplicó una dosis a modo de prueba y pude apreciar que no mentía.

»En aquella época, es decir, hace más de treinta años, los efectos de cada dosis, que entonces debían aplicarse en largas sesiones que duraban en conjunto dos semanas, duraban un año o más. Bocksley no mintió: realmente, rejuvenecía a las personas.

«Entonces le compré su descubrimiento. Egoístamente, quería mantenerlo en secreto para mí sola... y mi esposo, por supuesto. Deseaba que los dos permaneciéramos eternamente jóvenes... Lo creerá o no, Alec, pero yo amaba infinitamente a mi marido.

La mujer hizo una pausa. Alec divisó en un ángulo de la estancia un aparador con servicio de licores y llenó una copa, que ofreció a la dueña del asteroide.

— Gracias — murmuró Clarissa Hallestar con débil sonrisa.

El alcohol devolvió parte de los colores a su rostro aún hermoso. Volvió a sonreír.

— Bocksley —prosiguió— parecía haber detenido el tiempo en nosotros dos. Los años fueron pasando y cuando Winnie cumplió los

veinte, nadie hubiera dicho que no éramos hermanas.

»Y precisamente entonces fue cuando ocurrió el accidente. Mi esposo y Winnie murieron —dijo ella en voz estrangulada —. Yo tenía entonces cincuenta y cuatro años y apenas aparentaba treinta. No quiero ser demasiado extensa acerca de mis sufrimientos morales, pero cuando me recobré de mis heridas, por fortuna no demasiado graves, se me ocurrió decir a todo el mundo que yo era Winnie. Nadie captó el engaño y, por otra parte, me retiré a vivir durante largos años en el asteroide.

»Luego vino lo de mi boda con Grouneau, que terminó en una muerte y un fracaso, como usted sabe. Mientras, Bocksley seguía aplicándome el tratamiento que mantenía mi apariencia en la de una mujer de cuarenta años de edad... que representaba sólo treinta. Pero a medida que los años pasaban, mi cuerpo se habituaba a la droga y era preciso su aplicación con intervalos cada vez menos espaciados.

»Bocksley llegó a prever que llegaría un día en que la droga ya no surtiría efectos. Aparte de ello, es un investigador apasionado y yo le facilitaba cuánto dinero necesitaba para sus trabajos científicos. Finalmente, acabé montándole un laboratorio en este asteroide.

— Donde —dijo Alec— se multiplican los seres humanos.

Ella guardó silencio unos instantes.

— No hay ninguno que se haya sometido a tales experimentos en contra de su voluntad —dijo al cabo.

— ¿Está segura? —preguntó él.

Clarissa se volvió hacia Alec.

— Nunca hubiera tolerado que...

El joven la interrumpió.

— Señora, creo que se equivoca — dijo firmemente.

— ¿Por qué dice eso? —preguntó ella.

— Bocksley quiso someterme al tratamiento de la multiplicidad. Me dio unas pastillas para, aparentemente, mejorar mi estado orgánico. Por supuesto, las arrojé por el sumidero.

— ¿Y...?

— Creo firmemente que esas pastillas contenían un hipnótico.

— ¡No es posible! —- dijo Clarissa con gran vehemencia.

— No puedo afirmar nada rotundamente, pero sí exponer mis creencias al respecto. Pienso que esas pastillas anulaban la voluntad del paciente, sometiéndola íntegramente a los deseos de Bocksley todo ello, en medio de una apariencia de normalidad psíquica. No creo que hubiese habido muchos que se sometieran con plena

consciencia a ese tratamiento de repetición de sí mismos.

— Entonces, Bocksley me ha estado engañando.

Alec se encogió de hombros.

—Lo ocurrido me incita a dudar de usted, esta es la verdad; pero tampoco puedo formular una acusación en su contra sin pruebas contundentes. Tengo presente cierta negativa suya...

— ¿A qué se refiere usted, Alec?

El joven la miró fijamente.

— Usted quiso negarse cuando Bocksley dijo que quería multiplicarme —declaró.

Clarissa enrojeció vivamente.

— Es cierto — murmuró.

—¿Por qué?

Hubo una corta pausa de silencio. Alec sintió fijamente en sus ojos la penetrante mirada de la mujer. Creyó comprender.

— Dios mío, no — dijo aturdidamente.

Ella movió la cabeza de arriba a abajo.

— Sí, Alec, estoy enamorada de usted —confirmó.

XIII

Alec sintió que la cabeza le daba vueltas.

Él tenía treinta y dos años; Clarissa, unos ochenta... Era absurdo, disparatado... por mucho dinero que tuviera ella y por juvenil y hermosa que fuera su apariencia.

Pero la droga rejuvenecedora estaba fallando. Era fácil deducir que dentro de unos meses, ya no surtiría el menor efecto. Entonces, Clarissa tomaría el aspecto físico de su auténtica edad.

— Es algo imposible —dijo—. No expresaré los motivos, porque usted es sobradamente inteligente para conocerlos.

— Ahora sí es imposible —dijo Clarissa con triste acento —, porque usted ha descubierto la verdad. Pero si hubiera continuado en la ignorancia, ¿no cree que...?

— A pesar de todo, incluso pasando por alto la aparente diferencia de esos pocos años que hay entre ambos... entre usted con su apariencia actual y yo, hay otras cosas que hacen imposible sus sueños.

— ¿Cuáles? — preguntó ella.

— Primero, la muerte de mi hermano Ned. Murió asesinado.

— Le aseguro que yo no tuve la menor participación en ese crimen — dijo ella ardorosamente.

— Puede que no, pero, de un modo indirecto, Ned murió por usted. Además... ¿qué hubiera pasado dentro de ocho o diez meses o un año, cuando ya la droga rejuvenecedora no hubiera surtido efectos en su organismo?

Los ojos de Clarisa brillaban extrañamente.

— Pero ¿acaso no lo comprende? —exclamó—. Bocksley ha descubierto el método para dejarme con el físico y la figura con que usted me conoció. Y ello hubiera durado cuarenta años más, como mínimo... y luego, durante ese tiempo, sus investigaciones le hubiesen permitido realizar sus trabajos con mayor precisión todavía... y una duración prácticamente infinita. Hubiéramos vivido juntos cientos de años...

Alec estaba horrorizado.

— Se ha vuelto loca — murmuró.

— No, no está loca — sonó en aquel instante una voz—. Dice la verdad.

Alec se volvió.

— ¡Doctor Bocksley! —exclamó Clarissa.

El científico avanzó, con la sonrisa en los labios.

— Hola, Winnie — saludó, dando a la mujer el nombre que usaba para ella habitualmente —. ¿Cómo está, señor Sharr?

— Viéndole a usted, muy mal —respondió Alec fríamente.

Bocksley se echó a reír.

— Una pésima acogida para un hombre que sólo pretende su bienestar, señor Sharr.

— ¿Cree que cambiaría ese bienestar, que en usted quiere significar eterna juventud, a cambio de la vida de mi hermano?

Bocksley frunció el ceño.

— Su hermano Ned cometió el error de mostrarse indiscreto en demasía... y también sentimental —respondió cínicamente—. Lo de sentimental se aplica al hecho de que quisiera conservar la vida al tercer ejemplar, que por cierto me salió muy mal. Luego quiso combatirme..., pero resultó menos fuerte que yo.

— La señora Payne también era menos fuerte que usted —dijo Alec.

— Mala suerte para ella. Pero no podía consentir que se divulgasen algunos de mis secretos.

Alec volvió los ojos hacia la mujer.

— ¿Se da cuenta del precio que tiene que pagar por su eterna juventud? — preguntó.

Sonó una risita.

— Ella hará todo lo que sea preciso para conservarse siempre joven y hermosa —exclamó Bocksley—, ¿No es cierto?

Clarissa calló un instante. Su pecho se agitaba con fuerza y en sus ojos lucía un extraño resplandor.

Alec la estudiaba atentamente. No tardó en llegar a una conclusión estremecedora.

Las palabras del médico habían dado al traste con sus buenos propósitos. Ahora para Clarissa Hallestar sólo había una meta: retornar a su apariencia juvenil, de apenas madurez... y conservarla eternamente.

Pero ¿cómo podría lograrlo, si la droga ya no causaba en ella apenas efectos, si un año más tarde le resultaría tan inútil como un vulgar analgésico?

Bocksley adivinó sus pensamientos.

— Hay un medio para que Winnie pueda seguir siempre con su aspecto de mujer joven y bella — dijo—.Es cierto que la droga va perdiendo efectividad, pero aún conserva la suficiente potencia para hacerla aparentar treinta años. Entonces...

El médico se interrumpió.

— Pero antes de empezar con ella — siguió tras un breve

intervalo —, debemos realizar la última prueba: ¡con usted, Alec Sharr!

— ¿Cree que voy a dejar que me lleven al laboratorio? — preguntó el joven en tono desafiador.

Bocksley le miró burlonamente durante unos segundos. De pronto, alzó la mano y chasqueó los dedos.

Dos hombres irrumpieron repentinamente en la estancia. Eran de una semejanza absoluta, salvo por el hecho de que uno de ellos usaba unas gafas de gruesos cristales.

— Apresadlo —ordenó Bocksley.

Alec intentó resistirse. Era fuerte, pero los dos Küss poseían unas fuerzas descomunales.

— Por fortuna, no ha hecho falta el tercer Orrin Küss —dijo el médico riendo siniestramente—. Fue una mala copia, he de reconocerlo.

— La tercera nunca le salió bien, ¿no es cierto? — dijo Alec, sujeto de los brazos por los dos guardianes.

— Algunas quedaban bastante bien, pero creo que ya he remediado ese problema. De todas formas, lo experimentaremos con usted, señor Sharr.

Alec volvió la cabeza hacia la mujer.

— ¿Va a permitir que me multipliquen?

Clarissa se le acercó. Sus ojos brillaban de un modo singular.

— Alec, no tengas miedo — dijo, tuteándole—. El doctor Bocksley no fallará. Y luego, tú y yo...

— Siento asco —expresó Alec duramente—. Me gusta respetar a las personas mayores, pero, después de esto, ¿cómo quiere que mire a una mujer que tiene cincuenta años más que yo?

Ella retrocedió como si hubiera recibido un bofetón.

—¡La edad no tiene nada que ver! ¡Es la apariencia física... y dentro de poco yo tendré el aspecto de una mujer de treinta años... y lo conservaré durante muchísimo tiempo! ¡Y cuando vaya a envejecer, tornare a rejuvenecer de nuevo! ¿Es que no lo comprendes, estúpido?

Alec abrió la boca de par en par. Ahora lo entendía todo claramente.

Sonó una risita.

—¿No lo entiende, señor Sharr? —dijo Bocksley—. Usted va a servir para corregir los últimos defectos de mis experiencias. Una vez esté seguro de que ya no hay fallos, aplicaré a Winnie una dosis de mi droga, que la dejará con el mismo aspecto que tenía cuando la conoció, es decir, con la apariencia de unos diez o doce años

menos de los que ahora representa.

«Entonces la multiplicaré a ella. La primera «copia» tendrá exactamente su misma figura..., pero ya no necesitará más drogas rejuvenecedoras, porque será tan joven como un recién nacido, aunque aparentemente tenga treinta y pocos años más. ¿Lo comprende ahora, señor Sharr?

Alec se sentía pasmado.

Sí, lo entendía. La «copia» de Clarissa tendría todas sus ventajas físicas... y ninguno de sus defectos derivados de su edad.

Y... ¿qué harán con la tercera «copia»? preguntó.

— Bueno, la guardaremos en hielo, para caso de un posible accidente. En hielo no es una frase correcta, pero puede imaginarse algo parecido. Cada «copia», por decirlo así, conserva todas las cualidades no sólo físicas, sino psíquicas del original...

Alec volvió a mirar a Clarissa.

— Bien, usted se multiplicará y vivirá en una «copia». Pero ¿qué hará del original? —quiso saber.

— Lo mataremos —respondió ella, con espantosa frialdad—. Inmediatamente después, volveré a nacer como ahora. Mejor dicho, más joven y más hermosa todavía. Este cuerpo que tengo está ya demasiado gastado, Alec.

El joven meneó la cabeza.

— Loca, loca de remate —repitió.

— ¡Basta! —cortó Bocksley—. Señor Sharr, agradezca que, en honor a Winnie, no le meta en la cámara de multiplicidad instantánea. Podría tener diez como usted en unos segundos..., pero esas «copias» viven muy poco. Ya ve si soy considerado; le otorgo la posibilidad de vivir cientos de años y... ¡Vamos, al laboratorio con él!

Alec intentó desasirse de las manos que le sujetaban, pero todo resultó inútil; los dos gigantes le manejaban como si fuese un chiquillo.

Minutos más tarde, entraban en el laboratorio.

Alec observó que los tres cilindros estaban vacíos.

— No tema —dijo Bocksley—. En realidad, no sentirá ningún dolor. Permanecerá en la inconsciencia, es cierto, durante un par de semanas. Luego reposará en un cuarto contiguo unos días... y ya verá qué contento se siente de tener unas reproducciones suyas.

Clarissa Hallestar había ido también al laboratorio. Alec le preguntó:

— Después será usted la que se someta al experimento, ¿no es cierto?

Ella contestó:

— Sí. —Y con voz acariciante murmuró—: No te arrepentirás de ello, Alec, te lo aseguro.

— A pesar de todo, es una mujer; por eso no la escupo a la cara — dijo él ofensivamente.

— Está bien —cortó Bocksley—, quítenle las ropas. Voy a ponerle una inyección preparatoria...

Los dos gigantes arrancaron a puñados la camisa del joven. Alec quedó con el torso al aire.

Entonces, cuando ya se veía perdido, sonó una voz fresca y juvenil:

— ¡Todo el mundo, arriba las manos! ¡Dispararé contra el primero que se mueva!

Alec emitió un profundo suspiro de alivio.

Maisie Dunnigan estaba en la puerta del laboratorio, con una pistola en la mano. Su gesto era firme y resuelto.

— ¡Suelten a ese hombre! —ordenó.

Bocksley estaba en un lado del laboratorio, junto a una mesa, sobre la que se veían unas ampollas y una jeringuilla de inyecciones. Al oír la voz de la muchacha, empezó a deslizarse subrepticiamente hacia una puerta situada al fondo.

— Ha llegado usted muy oportunamente, Maisie — dijo Alec.

— Soy una fisgona —sonrió ella—. Lo oí todo, cuando hablaban usted y la señora Hallestar. Pero me pareció que aquél no era el lugar más adecuado para intervenir.

— Desde luego, he pasado un susto...

Clarissa le interrumpió repentinamente:

— ¡Maisie! ¿Cómo se atreve?

— Señora — respondió la muchacha firmemente —, había llegado a apreciarla, pero después de todo lo que he oído..., bien, lo mejor que siento hacia usted es lástima, por no decir otras cosas más duras. Sólo puedo afirmarle que ya se han concluido estos diabólicos experimentos.

— ¡No! —gritó ella—. ¡Quiero continuar siendo joven! ¡Quitadle la pistola!

Uno de los dos gigantes saltó hacia Maisie. Sin vacilar, la joven apretó el gatillo.

Küss se derrumbó fulminado. Durante un instante, Maisie se quedó como paralizada, llena de horror por la vista del hombre que yacía a sus pies.

El otro Küss aprovechó la ocasión y agarró su muñeca. Dio un fuerte tirón y arrancó el arma de la mano de Maisie, pero, al

hacerlo, la pistola se disparó involuntariamente.

Sonó un agudo grito. Clarissa Hallestar se tambaleó.

Una mancha de sangre apareció en su pecho, bajo el seno izquierdo. Simultáneamente, se oyó un extraño sonido.

La bala había atravesado su cuerpo de parte a parte, yendo a impactar contra un objeto metálico. Alec lo comprendió así, pero, al mismo tiempo, se dijo que era preciso socorrer a Maisie.

Recordó su encuentro con Nelson. Ciertamente, los dos gigantes le habían reducido fácilmente..., lo mismo que lo hubiera hecho Nelson, de no habérsele anticipado, pero si le atacaba rápida e imprevistamente...

Maisie seguía forcejeando y debatiéndose en los brazos del gigante.

— ¡Ayúdeme, Alec! — gritó.

El joven dio un salto hacia adelante. De pronto, reparó que el Küss que luchaba con Maisie era el que padecía defecto en la visión.

Lo primero que hizo fue arrancarle las gafas de un manotazo. Küss rugió de ira y se revolvió contra el joven.

Alec comprendió que aquel gigante que tenía frente a sí no iba a ser tan fácil de batir como Nelson. No obstante, volvió a saltar y conectó un terrible derechazo contra el mentón de su adversario.

Küss se tambaleó, pero no cayó. Intentó devolver el golpe y su acentuada miopía le jugó una mala pasada, haciendo que su puño batiese inofensivamente el vacío.

A pesar de todo, volvió a la carga. El final de la lucha hubiera parecido impredecible, a no ser por la inesperada actuación de la muchacha,

Maisie se inclinó y recogió un taburete, con el que golpeó el cráneo del gigante. Küss se tambaleó y acabó cayendo al suelo.

Alec se inclinó sobre él.

— Está desmayado, simplemente —dijo.

Luego reparó en Clarissa.

La mujer yacía en el suelo, con los ojos cerrados y una mano en su pecho ensangrentado.

Alec se arrodilló sobre ella. Separó la mano y observó la herida.

— Es mortal — dijo.

— Lo siento —murmuró Maisie—. Yo no tenía la intención...

— Usted no fue, aunque empuñase la pistola. El verdadero autor... Pero ¿qué importa ahora?

Clarissa abrió los ojos en aquel instante.

— Alec — musitó con voz apenas audible.

— Señora Hallestar —contestó el joven.

— Me estoy muriendo —dijo ella.
— El doctor Biltmore... —terció Maisie.
Clarissa meneó la cabeza.
— No, no tengo salvación — dijo, con extraña serenidad. Y agregó —: Tal vez haya sido mejor que las cosas ocurriesen de esta manera... Debo pagar todo lo que se ha hecho en mi nombre... y por mi ambición de ser siempre joven y hermosa...
La voz de la mujer se hacía más débil por momentos.
En aquel momento. Alec observó algo extraño.
Clarissa envejecía a ojos vistas. Parecía como si con la sangre que fluía de las heridas saliera también de su cuerpo la droga que la había mantenido en su apariencia de juventud.
Maisie se tapó la boca para no gritar. Estaba horrorizada.
Alec miró a la joven. Los dos, sin necesidad de palabras, comprendieron lo que sucedía.
— Todo fue... un sueño... de loca... —murmuró Clarissa.
De repente, su cabeza se dobló a un lado y murió.
Alec se puso en pie. La transformación había sido casi total.
El rostro de Clarissa estaba lleno de arrugas. Sus manos eran sarmentosas, casi ganchudas, y su piel había perdido por completo la tersura que había poseído hasta entonces.
El silencio era absoluto. De pronto, no lejos de allí, sonó un agudo grito.
— ¿Qué es eso? — preguntó Maisie.
Alec se puso en pie, vivamente alarmado.
El grito se repitió. Un agudo chillido de cólera sonó a continuación.
Atraídos por la curiosidad, Alec y Maisie avanzaron unos cuantos pasos hacia una puerta situada en la pared opuesta. Los chillidos individuales se transformaron repentinamente en una enloquecedora algarabía.
— ¡Dios mío! ¿Qué pasa ahí? —preguntó Maisie, aterrada.
La puerta se abrió bruscamente.
Alguien gritó:
— ¡El verdadero Bocksley soy yo!
— ¡No, soy yo! — gritó otro.
— ¡Yo, yo! — aulló un tercero.
— ¡Impostores! —vociferó alguien—. ¡Yo soy el único Bocksley!
Alec extendió la mano y detuvo a la muchacha.
— ¡Quieta, Maisie!
Un tropel de hombres salió por la puerta. Siete, siete, ocho, nueve...

Alec y Maisie creyeron soñar.

Todos aquellos hombres eran absolutamente idénticos, copias exactas de un mismo original.

El original era el doctor Mark Bocksley.

— Pero ¿qué...? —balbuceó la muchacha.

Ninguno de aquellos individuos pareció haberse percatado de su presencia. Estaban peleándose furiosamente entre sí.

— ¡Yo soy Bocksley!

— ¡Yo, yo...!

Alec tiró de la muchacha hacia atrás.

— Será mejor que nos vayamos —aconsejó.

El griterío era ensordecedor.

Cada uno de aquellos individuos sostenía ser el verdadero Bocksley. De pronto, dejándose de palabras, empezaron a golpes entre ellos.

Hubiera resultado cómico, a no ser porque era una verdadera tragedia. Ajenos a la presencia de la pareja, los nueve o diez individuos que había allí se golpeaban con toda clase de objetos: botellas, matraces, taburetes...

Era una escena demencial. Uno de los individuos corrió de pronto hacia la pareja, con el rostro lleno de sangre, y les miró suplicantemente.

— ¡Ayúdenme! —pidió—. ¡Soy el legítimo Bocksley!

— ¡Mentiroso! —chilló otro, saltándole encima—. ¡Yo y nadie más que yo soy Bocksley!

Los dos hombres se enzarzaron en una furiosa pelea. Alec comprendió que querían exterminarse mutuamente. Sólo uno debía sobrevivir, pero...

Súbitamente, uno de ellos abrió los brazos, cayó de espaldas y se quedó quieto en el suelo.

Aquello pareció una señal. Uno a uno, todos los demás fueron cayendo muertos al suelo.

Uno quedó en pie, vivo, pero era evidente que sus fuerzas disminuían con enorme rapidez.

Tambaleándose, se encaró con los dos jóvenes.

— ¿Quién... puso en funcionamiento... la cámara de... multiplicidad instantánea? —preguntó.

— ¿Es usted el auténtico Bocksley? —quiso saber Alec.

— ¿Acaso no lo está viendo? Soy el único que vive...

De pronto, cayó de cara al suelo y se quedó inmóvil.

Maisie volvió la cara, espantada por lo que acababa de presenciar. Alec rodeó sus hombros con los brazos y la atrajo hacia

sí.

El espectáculo era horroroso, lleno el suelo del laboratorio de cuerpos inmóviles.

— No comprendo... —murmuró la muchacha.

Alec creyó hallar una explicación.

— Ahora recuerdo —dijo—. Después del disparo, escuche el impacto de la bala sobre una superficie metálica.

— ¿Después de atravesar a la señora Hallestar?

El disparo fue hecho de cerca y, además, es preciso tener en cuenta la menor gravedad de «La Losa», lo que aumentó la velocidad de traslación del proyectil y, por consiguiente, la potencia de impacto.

Abandonó unos instantes a Maisie y se acercó a la puerta de la que Bocksley había llamado cámara de multiplicidad instantánea. Junto al marco diviso un pequeño panel metálico, con algunos botones de mando.

La huella del balazo era claramente visible. El panel estaba combado hacia adentro, a consecuencia del impacto.

Apenas quiso ver lo que había al otro lado de la cámara. Era demasiado fantástico y, además, no comprendía nada. Debía quedar para los científicos, se dijo.

El balazo había puesto en funcionamiento la cámara. Bocksley, escondido en su interior, se había reproducido en una decena de ejemplares, de una fidelidad absoluta, pero de una vida cortísima.

Regresó junto a Maisie.

— Tenemos que irnos — dijo.

Ella asintió.

Caminaron hacia la salida.

—Habrá mucho trabajo en el asteroide añadió él, tras una breve pausa.

— Sí, tendrá que intervenir la policía...

Y los abogados de Clarissa Hallestar... y los científicos que querrán conocer los trabajos de BocksIey...

Detuviéronse unos instantes junto al cuerpo de

Clarissa.

Su cara estaba llena de arrugas, con la apariencia de una anciana de ochenta años. Incluso parecía haber disminuido de tamaño.

Sorprendentemente, la expresión de sus facciones era de una tranquilidad y una apacibilidad absolutas.

— Parece dormir — observó Maisie.

— Descansa en paz, consigo mismo y con su conciencia — dijo

él.

Alec pasó una mano por encima de los hombros de Maisie.

— Hay cosas que no se deben hacer —murmuró sentenciosamente—. Cada uno debe conformarse con el plazo de vida que le ha sido señalado desde las alturas. Ciertamente, es lícito prolongar la edad y la apariencia física, pero nunca a costa de los demás.

Maisie se estremeció.

— No me habría gustado que sacaran «copias» de mi — dijo.

— Es preciso conformarse con el original. En todo caso, las «copias» no deben ser tan exactamente iguales al original, sino solamente parecidas… y deben llegar, además, por medios naturales.

— ¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó Maisie.

Alec sonrió.

— Me refería a los hijos —contestó.

— ¡Oh! — exclamó ella, ruborizándose.

Abandonaron el laboratorio. Era preciso volver a la Tierra.

FIN

Próximo número:

ESPORAS INFERNALES

PETER KAPRA

BOLSILIBROS TORAY

espionaje — suspense — ciencia ficción — guerra — oeste



BEST SELLERS DEL OESTE, los mejores autores americanos del "western" Publicación quincenal. Precio: 20 ptas.



RUTAS DEL OESTE, las grandes hazañas de los pioneros. Publicación quincenal. Precio: 9 ptas.



SEIS TIROS, relatos de pistoleros, rangers, sheriffs... Publicación quincenal. Precio: 9 ptas.



ARIZONA, tierra de conflicto y de hombres duros. Publicación quincenal. Precio: 9 ptas.



HURACAN, pasiones, violencias, tragedias en el "Far-West". Publicación quincenal. Precio: 9 ptas.



SIOUX, luchas de indios, ataques a caravanas, rancheros. Publicación quincenal. Precio: 9 ptas.



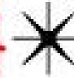
ESPUELA, galopar de vaqueros, de cuatreros, rodeos. Publicación quincenal. Precio: 9 ptas.



HAZAÑAS BELICAS. Historias de las últimas guerras mundiales. Publicación semanal. Precio: 9 ptas.



RELATOS DE GUERRA. Dramas humanos en escenarios bélicos. Publicación quincenal. Precio: 9 ptas.



ESPACIO. El mundo del futuro. Pub quincenal. Precio: 9 ptas.



HURON, una selección de autores franceses del género policiaco. Publicación mensual. Precio: 50 ptas.



ESPIONAJE. Id. de espionaje. Pub mensual. Precio: 30 ptas.